

El defensor

JEFFERSON MORENO NIEVES

El defensor



Título de la obra:

El defensor

© Jefferson Gerardo Moreno Nieves, 2022

Primera edición, abril 2022

Tiraje: 2000 ejemplares

Editado por:

© Clic Derecho SAC

para su sello editorial LP

Pasaje Puerto Rico, 131

Jesús María, Lima

Teléfono: 921 492 114

Correo electrónico: editorial@lpderecho.pe

© JMN ABOGADOS SAC

Para su sello editorial 9 MILÍMETROS

Av. Salaverry 575, departamento 901

Jesús María, Lima

Teléfono: 954 782 299

Correo electrónico: milimetrosnueve@outlook.com

Diseño y diagramación:

Anyela Carla Aranda Rojas

ISBN: 978-612-48629-6-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501132200218

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú: 2022-03558

Impreso por:

Page & Design EIRL

Av. Ancón 1016, Puente Piedra, Lima

Abril, 2022

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright*.

CONTENIDO

<i>Sobre el autor</i>	11
La emboscada.....	13
La Sala Penal Nacional	23
El brillo de los ternos.....	29
La revelación	35
Prisión preventiva.....	47
La apelación	55
Los consejos	59
Nace una estrella	67
El primer político	75
La cita	89
La estrategia de defensa	97
La Corte Suprema	105
Una «bolsita» para los jueces.....	111
Desayuno en el Sheraton	117
Malas noticias.....	125
La acusación fiscal	131
Los principios no se negocian	135
El delito de robo.....	159
El delito de daños.....	165
A puño limpio.....	171
Derecho y amor.....	177

Contenido

Más pruebas	183
El control de acusación.....	197
Los archivos también se celebran	207
El derecho es de buceo	211
La entrevista	217

Les digo que no soy un abogado al uso. No tengo un bonito despacho con muebles de caoba y tapizados de cuero. No pertenezco a un gran bufete, ni prestigioso ni de ningún otro tipo. No me dedico a las obras de caridad a través del colegio de abogados. Soy un pistolero solitario, un granuja que lucha contra el sistema y odia las injusticias.

Un abogado rebelde
John Grisham

SOBRE EL AUTOR

Los hechos que se narran en esta historia constituyen experiencias reales por las que el autor ha pasado. Mas no son una sindicación directa contra alguna autoridad en especial.

Las instituciones mencionadas son meramente referenciales, pues han sido especificadas con fines dramáticos.

La emboscada

—Prevenidos —dice el comandante Burga después de colgar el teléfono—: el objetivo está a menos de ochocientos metros.

Dentro del patrullero, junto al comandante, va el técnico Fernández, quien descubrió que aquella posición era la mejor para la captura: *Las curvas del tramo Churcampa-Huanta son las más cerradas, mi comandante* —dijo mientras planeaban el operativo—. *Tiene el río Mantaro a un lado y el abismo al otro, cuando nos vean será demasiado tarde para que puedan escaparse de vuelta.*

13

El comandante Burga evaluó la propuesta de Fernández, vio el despeñadero junto a la carretera y supo que tenía razón: tendrían al sujeto totalmente acorralado.

Pero las balas iban a correr a su antojo, de eso también estaba seguro.

—¿Todo bien, doctor? —le pregunta el comandante al hombre que va tras él, en la segunda fila de asientos. Se trata del fiscal supraprovincial Faus-

to Martínez, quien lleva orgulloso, por ahora, una cinta blanca de la que va colgando un emblema: un varayoc que sostiene con ambas manos una balanza, y de fondo, un sol tan flameante como el que se siente en la carretera de la zona del Vraem.

—Todo en orden —responde el defensor de la legalidad, con la esperanza de que el policía junto a él, un suboficial de tercera al que todos llaman Yarita, no note lo mucho que está transpirando.

A Fausto no le gustan las intervenciones: ni siquiera cuando se trata de allanar en casas alrededor de las cinco de la mañana, hora en la que todo mundo está durmiendo. Pero esta vez el esfuerzo —y altísimo riesgo— vale la pena: en los más de tres años que está tras la pista de Marco Villanela nunca ha tenido una oportunidad como esta.

14

Y no cree que la vuelva a tener.

De modo que ha desoído a su pertinaz instinto de supervivencia y se ha anotado a presenciar en vivo y en directo la captura del narcotraficante que le ha quitado el sueño durante tanto tiempo.

—Todo en orden —repite Fausto, intentando convencerse de que es así.

—Bien —responde el comandante y saca el revólver de su funda.

Dos segundos después aparecen las «liebres».

Van de dos en dos: un par delante del convoy y el otro, ciento cincuenta metros atrás. Las liebres son soldados motorizados cuya función es alertar sobre cualquier peligro que pueda haber en la carretera; no siempre van armados, lo que importa es que sean rápidos.

Y que estén muy atentos.

No como ahora.

Un segundo antes de tomar la curva, ambos hombres ven el retén: conducen directamente a los brazos de las autoridades.

15

Como si lo tuvieran planeado de antemano, vuelven a enderezar los manillares de sus motocicletas para enfilarse hacia el despeñadero. El riesgo de acabar muertos es preferible al de terminar esposados y tras las rejas.

La tumba también les suena mucho mejor que tener que arreglar cuentas con Marco Villaneta, de modo que ni siquiera desaceleran: se precipitan al borde de la curva y dejan que la gravedad haga lo suyo.

Cayito, el conductor de la camioneta en la que va su padre, el jefe de la organización, junto con su preciado cargamento, ve a los motorizados desaparecer a un lado de la carretera, pero su mente no es lo suficientemente aguda como para detectar a tiempo que algo va mal. Es justo la misma razón que ha mantenido a Cayito tras un volante, impidiéndole escalar a un puesto de mayor responsabilidad o confianza.

Sin embargo, decide que se detendrá en la curva para ver qué es lo que ha ocurrido exactamente.

—Papá —le dice a Villanela, mirándolo por el espejo retrovisor, al tiempo que empieza a frenar—, creo que algo está pasando...

16

Pero no tiene tiempo de más.

La voz en el megáfono les comunica que están todos arrestados.

El primero en disparar es, por supuesto, Villanela: sabe que vienen por él y no está dispuesto a ofrecer su captura tan barata.

Lo que le sorprende es recibir fuego de vuelta casi inmediatamente.

El comandante Burga tampoco está dispuesto a «regatear» demasiado: tiene a sus hombres listos para repeler el ataque.

Entonces las balas empiezan a hacer su trabajo. Cayito y uno de los guardaespaldas de Villanela que sacó la cabeza de la camioneta para apuntar mejor son alcanzados por ellas.

A diferencia de las liebres que iban delante del jefe, las de atrás sí van armadas. Un par de fusiles se unen a la fiesta e intentan nivelar el marcador. El técnico Fernández recibe un disparo en la pierna, y los policiales ven aparecer una serie de nuevos agujeros en sus carrocerías.

17

Son los segundos más largos en la vida del fiscal Fausto. Está echado debajo del patrullero, cubriéndose la cabeza con ambas manos, la cinta blanca de fiscal ya ha desaparecido. Mientras una lluvia de vidrios cae sobre él, piensa en lo mucho que quiere volver a ver a su familia.

Escucha al comandante Burga —también a buen recaudo tras el patrullero— gritar órdenes a sus hombres.

Ahora también hay un par de fusiles disparando del lado de los buenos.

Las otras dos liebres caen al suelo y el fuego cesa de un segundo a otro.

Burga y su equipo no pierden tiempo: piden ayuda médica para los heridos y van con las esposas por delante en busca de Villanela.

Pero no lo encuentran.

Las liebres no han matado a ningún uniformado, pero le han dado a su jefe los segundos necesarios para huir del lugar.

18

El fiscal y el comandante acaban de incautar los trescientos kilos de pasta básica de cocaína proveniente del Vraem que Villanela había decidido transportar por sí mismo. Un cargamento que, al llegar al puerto, le reportaría una ganancia de dos millones de dólares al criminal.

Ni siquiera se habían molestado en utilizar un vehículo con caleta: la droga ocupaba toda la tolva de su *pick-up*. Así de confiado se sentía Villanela.

Pero ni el fiscal ni el comandante están contentos. Ellos querían llevarse el paquete completo: droga más narco.

Y eso es justo lo que piensan llevarse de regreso.

—¡Búsquenlo por el despeñadero! —ordena el comandante Burga a sus hombres—. ¡Aún está cerca!

La caída le deja a Marco Villanela el pantalón destrozado y las rodillas abiertas, pero no parece haber hecho mella en su objetivo: al llegar a una planicie, corre con la energía de un joven velocista.

La furia que lo embarga es el combustible que necesita precisamente ahora.

Corre a través de los matorrales, pero pronto tropieza. Observa que el daño en sus piernas es más grave de lo que suponía.

19

—Mierda...— murmura apretando las mandíbulas.

Se pone de pie y sigue andando.

No tiene por qué engañarse: sabe que lo van a capturar.

Casi puede oír las voces de los policías a su espalda.

Aquel iba a ser un fin de año muy diferente al que había pensado: la fiscalía tiene una oportunidad de oro para meterlo en prisión por una buena cantidad de años.

Un pase gol, como solía decir su hijo cuando era menor.

Pensar en él le quita el aliento y Marco Villanela vuelve a caer.

Con dificultad logra escapar, aunque es capturado una semana después.

Marco Villanela es el narco más poderoso del sur del país. Controla toda la droga que sale del Vraem, también a las autoridades.

20

O eso solía creer.

Ahora sabe que su única oportunidad es contratar una buena defensa.

La mejor.

Por la cantidad de droga, la imputación por crimen organizado que prepara el fiscal y por la característica de traspasar regiones, su caso no terminará en Huamanga, sino en la Corte Superior Nacional de Justicia Especializada, también conocida como la Sala Penal Nacional.

A estas alturas no se necesita de un clásico abogado arreglador, sino de alguien que conozca el de-

recho, que —por irónico que suene— es lo más difícil de encontrar.

Necesita un abogado tenaz, con experiencia, al que no le tiemble la voz al momento de hablar a su favor: un verdadero tiburón en la sala de audiencias, alguien cuya sola presencia incline la balanza a su favor.

En definitiva, un defensor muy distinto a Joaquín Montero.

La Sala Penal Nacional

Joaquín Montero nunca antes ha estado en la Sala Penal Nacional. De hecho, nunca ha estado más de dos veces en cualquier otra sala mucho menos importante que esa.

En ambas ocasiones, ni siquiera ha ido en calidad de abogado defensor, sino asistiendo a uno.

—¡Te vas a jugar la Champions, flaco! —le dijo Emerson cuando se juntaron en el bar de siempre a celebrar la noticia.

23

La comparación con la Liga Europea, la más prestigiosa a nivel de clubes de todo el mundo, estaba más que justificada: a la Sala Penal Nacional llegaban solo los casos más complejos y relevantes de todo el país. Los imputados llegaban a comparecer en grupos hasta de veinte, cuando se trataba de casos de narcotráfico o terrorismo. O en menor cantidad, pero con un mayor grado de importancia cuando el acusado era, por ejemplo, un expresidente.

Un reto con el cual la mayoría de abogados nunca llega a probar su suerte.

—Gracias, hermano —respondió Joaquín, levantando su botella de cerveza y haciéndola chocar con la de su amigo—. Prometo no defraudar.

—Sin duda, hermano. Como dice el dicho: «Sé malo en la cama, pero nunca en la sala».

Ambos estallaron en carcajadas, vaciaron sus botellas y pidieron un par de rondas más para que la celebración no perdiera kilometraje.

Aquello había sido dos semanas atrás, horas antes de que Joaquín superara la fuerte resaca, interiorizara la enorme responsabilidad que entrañaba el encargo que le había confiado el doctor Zapata y empezara a temer perder el caso.

24

O su pellejo.

El doctor Zapata le había dicho algo similar a lo que luego le diría Emerson, pero en términos mucho más graves:

—Joaquín, este es el tipo de oportunidad que le cambia la vida a un abogado joven como tú —había sentenciado con los ojos clavados en los de su practicante—. No olvides que un defensor es tan bueno o tan malo como en su última audiencia.

—Lo sé, doctor, y créame que le agradezco mucho la confianza.

—Olvidalo, no agradezcas todavía. Mejor espera a que sea yo quien lo haga cuando me traigas un buen resultado.

Después le había extendido su huesuda y cada vez más temblorosa mano por sobre su escritorio, ubicado al centro de su despacho.

Con ello, Joaquín Montero había sellado el trato. Sin saberlo, estaba oficializando la despedida de Vladimir Zapata del ejercicio de la profesión que había esgrimido por más de cincuenta años.

25

Pero no había opción.

—Esta vez no puedo defender a Villanela —había empezado diciéndole a Joaquín cuando lo llamó a su despacho—. Hay cosas que... ya escapan de mi conocimiento.

Resultaba algo doloroso escucharlo, pero para Joaquín aquello no era una novedad: desde que empezó a asistirlo como su nuevo practicante, varios meses antes, la memoria del doctor Zapata era cada vez menos confiable.

Por otro lado, había un efecto colateral en el desmedro de las capacidades del que en su momen-

to fuera el abogado más solicitado de la ciudad de Huaraz y todo Áncash: Joaquín Montero se había visto obligado a estar el doble de atento en las audiencias y a revisar aún con mayor detenimiento los escritos de su jefe antes de presentarlos.

Y aun así, no habría esperado tanta franqueza por parte del doctor.

Zapata había intentado calmarlo:

—No pongas esa cara, no es que me vaya a morir mañana. Tranquilo. Pero entiendo que ya estoy demasiado viejo para aprender trucos nuevos. ¿Sabes a lo que me refiero?

26

Al Nuevo Código Procesal Penal, pensó Joaquín, al tiempo que asentía lentamente.

Vladimir Zapata no era el primer penalista en renegar del nuevo sistema.

Ni tampoco sería el último.

A partir de 2006 se había implementado el tan ansiado Nuevo Código Procesal Penal en Huaura, y venía siendo aplicado progresivamente en todo el Perú. No se trataba solo de una nueva legislación, sino también de un nuevo sistema. Lo nuevo poco a poco iba expectorando a lo viejo, incluidas las personas.

—Tú tienes todos esos trucos muy frescos ahí adentro —continuó diciéndole, mientras se llevaba un dedo a la cabeza—. Tú has estudiado con ese bendito Nuevo Código, yo soy más del Código de Procedimientos Penales de 1940. Así que necesito que pongas en práctica lo aprendido, porque hay un caso muy importante del que necesito que te encargues.

Entonces le contó lo ocurrido con Marco Villanela, su cliente estrella por más de dos décadas.

El brillo de los ternos

Joaquín Montero camina por los pasillos de la Sala Penal Nacional, ubicada en la prolongación de la avenida Tacna, sede de los juzgados penales más importantes del país: el lugar al que van a parar los verdaderos peces gordos y al que sus abogados llegan a lucir sus trajes de diseñador y la sagacidad propia de un depredador. Esta no es cualquier Corte: fue creada para que conozca a exclusividad casos de trascendencia nacional, tanto de crimen organizado como de corrupción de funcionarios.

29

Por seguridad, solo se puede acceder a las salas de audiencias de esta Corte por dos ascensores controlados por miembros de seguridad del Poder Judicial. Previo registro, claro está.

A Joaquín le toca compartir el ascensor con algunos de esos abogados de camino a la sala de audiencias asignada: el traje que ha alquilado en el mercado central de Huaraz lo hace sentir como el primo al que obligan a hacer de chambelán de la quinceañera.

—¿Pero qué tiene de malo el que tienes? —le preguntó su madre cuando llegó a su casa con el traje alquilado envuelto en celofán.

—Nada, mamá. Es solo que la ocasión amerita algo mejor —le respondió Joaquín en ese momento.

Ahora se da cuenta de que ese «algo mejor» está años luz de lo que realmente amerita la ocasión.

Recibe miradas por sobre el hombro que lo hacen sentir aún más incómodo.

30

Si bien es cierto que el traje no pasa desapercibido, lo que es escandalosamente evidente es su juventud: acaba de cumplir veintisiete años, pero su rostro delgado y su expresión tímida gritan diecinueve.

Cuando siente las primeras gotas de sudor asomar por su frente, se obliga a concentrarse. Lo que piensen de él no importa. Tampoco lo fuera de lugar que parezca. Su misión debe prevalecer por encima de sus temores: ha sido enviado a la capital a lograr la liberación de su cliente y eso es justo lo que va a hacer.

Y, de paso, conocer por primera vez la Sala Penal Nacional y a dicho cliente.

La sala en la que habrá de litigar es inmensa. A Joaquín le recuerda un poco a la catedral de Huaraz. También esto se lo advirtió el doctor Zapata:

—No te dejes intimidar, tú ve seguro de lo que tienes en la cabeza.

Mientras va de camino a su asiento, observa a un puñado de asistentes sentados en la última fila. A las niñas no las reconoce, pero sí a la mujer que va con ellas.

Es Olga Merino, esposa de Marco Villanela. Por lo tanto, las niñas deben ser hijas del acusado, piensa Joaquín.

31

La señora Merino también lo ve pasar y le dedica un breve movimiento de cabeza. Los ojos de la mujer parecen haber estado llorando hasta hace muy poco. Joaquín le devuelve el saludo y sigue adelante.

Ocupa su lugar y empieza a sacar los documentos que ha llevado en el maletín, el cual tampoco es suyo: se lo ha prestado el doctor Zapata, con la promesa de obsequiárselo para cuando termine la audiencia.

Mientras va acomodando papeles sobre la mesa, poco a poco se va sintiendo más relajado.

Pero el oasis de calma no dura demasiado.

Sus inseguridades vuelven a la carga cuando ve aparecer a Marco Villanela. El acusado llega escoltado por dos miembros de la Subunidad de Acciones Tácticas (SUAT), con el aspecto de alguien que espera que le quiten las esposas para estrangular a quien tenga más a la mano. Definitivamente, las fotografías que ha visto de él fueron tomadas en momentos más agradables: Villanela tiene los ojos inyectados y las bolsas de alguien que lleva varias noches sin descanso.

Se sienta junto a Joaquín y lo queda mirando.

32

Joaquín no puede evitar recordar todo lo que sabe —o cree saber— de Marco Villanela: la fortuna que tiene, el poder que ostenta en todo el Vraem y las personas que dicen ha mandado a desaparecer.

—He oído que mandó a ejecutar a toda una firma de droga solo por no estar dándole el peso real en su cargamento —recuerda que comentó Emerson bien avanzadas las cervezas—. Al final resultó que la que estaba mal era la balanza y no que quisieran robarle. Claro que cuando se dieron cuenta ya era muy tarde.

Joaquín maldice mentalmente a su amigo e intenta recordar más bien los alegatos que lleva consigo.

También maldice que las sillas estén tan juntas. Tener a Marco Villanela a menos de cinco centímetros de distancia y percibir el olor inconfundible que genera el dormir en la cárcel le revuelve el estómago: su defendido transforma el lugar, haciendo sentir que una de las salas más grandes del país no es más amplia que un baño de autobús.

—Buenas noches, señor... —dice el abogado, procurando que los nervios no se filtren en su voz.

Villanela frunce el ceño:

—Son las nueve de la mañana —responde.

—Sí, eso, perdón, digo, buenos días —se apresura a corregir Joaquín y le ofrece la mano.

33

Por supuesto, Villanela no la toma.

—Carajo —se limita a murmurar.

Entonces da inicio a la audiencia.

La revelación

Suena la campana del juez de investigación Richard Contreras, un hombre en la plenitud de sus sesentas, y el primero en hablar es, por supuesto, el fiscal supraprovincial Fausto Martínez: se levanta de su asiento, se acomoda la medalla sobre su pecho y empieza a hablar tan seguro de sí como si su nombre estuviera impreso en la pared exterior del juzgado.

35

—Señor juez —dice Martínez dirigiéndose a la mesa donde se encuentra el juez de investigación preparatoria—, en los próximos minutos, expondré los graves y fundados elementos de convicción recabados en contra del señor Marco Villanela en el lapso de los últimos tres años. Para ello, realizamos unas diligencias preliminares sumamente exhaustivas, y, ahora, cumplimos con traer ante usted un caso grave que supera ampliamente la pena de cuatro años. Sin duda, señor juez, encontrará el máximo peligro procesal...

El discurso de Martínez se extiende algo más de la cuenta. Está disfrutando su momento, piensa Joaquín, quien, a pesar de lo nervioso que está,

no ha pasado por alto las miradas de extrañeza que Martínez le dedicó desde que entró en la sala.

—Te van a querer meter miedo —le había advertido el doctor Zapata—, pero tú no debes caer en el juego. Que seas joven no implica que no sepas lo que estás haciendo. Yo te conozco y sé lo que puedes dar.

Lamentablemente, dentro de la sala nadie parece pensar lo mismo que el viejo abogado.

Quizá, ni siquiera el propio Joaquín.

36

Villanela tiene los ojos clavados en un lugar indeterminado del suelo, mientras el fiscal sigue sacando argumentos de debajo de la manga.

Joaquín tiene que aceptar que Fausto Martínez es un gran orador: su voz retumba firme en el lugar, con la misma autoridad que la de un predicador en su iglesia.

—Como puede ver, señor juez —dice para finalizar al cabo de un tiempo infinito—, no solo se trata de las declaraciones de distintos colaboradores eficaces. Contamos con cientos de horas de escuchas telefónicas donde es evidente quién es el señor Villanela en el mercado de tráfico de drogas en el país. Por si fuera poco, también tenemos las actas de la intervención en la que el señor Villane-

la fue capturado, y, aunque haya sido varios días después, estamos convencidos de que participó el día del enfrentamiento con la Policía en la carretera Vraem-Huamanga. Eso sin contar los análisis químicos practicados al enorme cargamento incautado y que, como su despacho ya habrá adivinado, dio positivo a pasta básica de cocaína.

Joaquín Montero es muy consciente de que, desde el momento en que recibió el encargo del doctor Zapata, ya jugaba con desventaja: no había contado con el tiempo de preparación de la parte acusadora, ni la oportunidad de entrevistarse previamente con su cliente. Pero había una cuestión que le extrañaba aún más.

37

De hecho, fue lo primero que le preguntó a su mentor cuando este vino con la propuesta:

—Doctor, disculpe, pero ¿por qué yo? Estoy seguro de que debe de haber abogados que tengan el conocimiento y la experiencia que yo no tengo.

Zapata lo había mirado largamente antes de responder:

—Por lo mismo que acabas de hacer ahora, Joaquín, y lo que me llevó a fijarme en tu desempeño durante tu último año de carrera y abrirte las puertas de este mi estudio para que continuaras aprendiendo.

La interrogante en el rostro del practicante dio pie a que Zapata se explicara mejor:

—Tienes ambición, pero esta no te ciega. Si le hubiera propuesto esto mismo a cualquier otro abogado de los que hablas, lo primero en lo que hubieran pensado habría sido en todo el dinero que podrían sacarle a Villanela. Pero tú no has pensado en eso: lo primero en lo que tú piensas es en tus posibilidades de hacer una buena defensa, Joaquín. Mantener los pies en la tierra y los ojos en lo que realmente importa es el reto más grande de muchos de nuestros colegas.

38

Es cierto, pero no es el único reto, piensa Joaquín, mientras le toca a él ponerse de pie frente al juez: es hora de demostrar de lo que está hecho. No puede evitar recordar aquel refrán que solía decirle su padre cuando lo llevaba a jugar fútbol con los demás niños: «De nada vale estar en la banca si, cuando te toca jugar, no estás en forma».

Su padre. El viejo. Joaquín ya no lo ve tan seguido como quisiera desde que él y su madre se separaron, pero espera poder encontrárselo después del juicio para contarle cómo le están yendo las cosas ahora.

Joaquín ya casi se ha puesto de pie para iniciar su alocución frente al juez, cuando siente un tirón

en el brazo: Marco Villanela ha cerrado una de sus manos en torno al puño de su terno de segunda mano.

—¿Qué...?

Villanela tiene una expresión de furia contenida capaz de helar la sangre.

—Más vale que hagas un buen papel —le murmura el imputado antes de soltarlo.

Las palabras que Joaquín venía pensando y con las que pensaba iniciar sus alegatos se le quedan atascadas en la garganta. Se toma un tiempo considerable antes de animarse por fin a pedir la palabra.

39

El silencio es apabullante. Para el joven abogado lo es aún más sabiendo que son sus palabras las que habrán de llenar un espacio como aquel: uno por el que muchas de las mentes más brillantes del ámbito penal pasan a diario.

El peso de la responsabilidad no deja de aumentar sobre los hombros de Joaquín, quien solo quisiera detener el mundo para repasar una vez más lo que está a punto de decir.

Pero es inútil.

—Señor juez de garantías —dice, utilizando el que cree es el tono más alto que ha usado jamás en su vida—, ¿qué es lo que discute aquí?

La mirada de todo el salón —con una que otra expresión de burla— hace mayor la presión.

«Sí, como escuchó, ¿qué se discute en esta audiencia? —repite, de la misma forma en la que solía oralizar durante su época estudiantil—. Usted, su señoría, tiene dos caminos: o autoriza la prisión preventiva de Marco Villanela o garantiza la vigencia del Nuevo Código Procesal Penal. La decisión es suya.

40

»Si opta por la segunda opción, debe cuestionarse sobre si la fiscalía le ha presentado elementos que tengan dos características: primero, que sean graves y, segundo, que sean fundados. Pero, además, que no solo acrediten la existencia de un hecho, sino que también vinculen a la persona con ese hecho —dijo Joaquín, intentando que su expresión de desconcierto fuera lo más verídica posible—. Ah, y no se olvide de que, por sobre todas las cosas, estos elementos también sean legales.

»Para combatir una bestia, no hay que convertirse en una, ¿cierto?».

Joaquín no está seguro de dónde ha salido aquella última frase, pero es el tipo de conclusión que

siente que puede hacer virar las cosas a su favor: no necesita mirar hacia la mesa donde se encuentra el fiscal para comprobar la sonrisa de condescendencia que ahora lleva en su rostro.

Para Fausto Martínez, aquel muchacho va más despistado de lo que cree: ni siquiera sabe lo que hace...

¿O sí?

«Juez de garantías, es así como llaman los más estudiosos a su persona, precisamente por su labor de hacer valer los derechos de los que pisan esta sala.

41

»En primer lugar, vamos a descartar los elementos que el fiscal presentó pero que son improductivos. Iniciemos con el acta de intervención policial, un documento que no tiene nada que ver con lo que discutimos: en ella no hay ni una sola palabra de Marco Villanela, lo único que demuestra es que existió un operativo en el que no se capturó a nadie. Nada más.

»Sigamos con el examen químico, con el que se pretende demostrar que la droga es droga. Eso también se lo concedo al fiscal, no he venido a discutir banalidades. Lo que sí quiero discutir son dos cosas: las declaraciones de tres colaboradores eficaces

y el registro de escuchas telefónicas que, como ha dicho el fiscal, son “centenas”».

Un rumor incómodo llegó hasta los oídos de Joaquín: estaba sorprendiendo a los concurrentes.

Y lo sabía.

Sin embargo, no permitió que aquello lo distrajera y continuó con sus alegatos:

—Según la fiscalía, las declaraciones de los tres colaboradores eficaces son fundamentales, pero olvida que el Nuevo Código Procesal Penal, en su artículo 158, inciso 2, trata a estas declaraciones como sospechosas, justamente porque se trata de delinquentes que declaran para obtener beneficios, de ahí que sus declaraciones deban ser corroboradas con otros elementos, y sucede que aquí los colaboradores se corroboran entre colaboradores, y perdóneme, pero «tres enfermos no hacen un sano».

42

Otra de las frases del viejo se colaba en la Sala Penal Nacional. ¿Quién lo hubiera dicho?

«Sobre las “centenas” de escuchas telefónicas a las que alude el fiscal, usted ni siquiera debe voltear a mirarlas, la orden judicial de escuchas telefónicas fue para otro caso, y no para el celular del señor Marco Villanela. El fiscal nunca solicitó una ampliación de autorización, ni siquiera tuvo el gesto

de informar al juzgado que había escuchado la comisión de delitos ajenos a los que le autorizaron escuchar, y en eso el Nuevo Código Procesal Penal, en su artículo 231, inciso 2, es bastante claro.

»De hecho, si me permite, aquí tengo el documento firmado por el juez Suárez, en el que se lee perfectamente que a quien la fiscalía tenía intención de escuchar no era el señor Villanela, sino un tal señor Vargas Astorga. —Joaquín avanza hasta la mesa del juez, donde deposita una copia del documento. Descubre con agrado que sus pasos son más firmes de cuando entró a la sala—. De modo, juez de garantías, que todos aquellos audios presentados por el señor fiscal son ilegales para sostener las imputaciones que quiere realizarle a mi defendido».

43

El juez Contreras se toma algunos momentos para verificar el documento. Corre traslado a la fiscalía, que no tiene oposición.

Joaquín espera hasta que el magistrado vuelva a dirigir su mirada hacia él.

—Finalmente, no existe ningún elemento que vincule a mi defendido con el lugar del tiroteo más que el hecho de haberlo encontrado días después muy cerca de una de sus propiedades. Salvo que alguien me diga en este momento lo contrario, hasta

donde yo sé, su señoría, vivir en tu casa propia no constituye delito.

Su voz ha ganado aún más autoridad y solo entonces se da cuenta de lo mucho que le gusta la acústica de la sala.

Joaquín ya no se siente tan pequeño dentro de ella.

—En ese sentido, quisiera poner ante usted, señor juez, la prueba de absorción atómica realizada al señor Villanela, la misma que le realizaron después de ser capturado a más de medio kilómetro del lugar de la intervención. Aquí está —dice Joaquín, al tiempo que camina una vez más hacia el frente de la sala. Regresa a su lugar y continúa—. Como podrá observar, el resultado es claro: negativo para plomo, bario y antimonio. ¿Conclusión? Cero disparos. Esto, sumado al hecho de que no fuera encontrado en el lugar, ni que haya sido herido de bala, demuestran que nada tuvo que ver con la intervención a la cual el Ministerio Público ha hecho referencia.

Ojalá Emerson pudiera escucharme ahora, piensa Joaquín al tiempo que se siente otra persona: durante los últimos minutos de su intervención ha obrado el milagro.

O la revelación.

Se siente capaz de seguir hablando por horas, pero ya ha terminado.

Es momento de decir las palabras mágicas:

«Por todo lo expuesto, señor juez, debe usted escoger entre la ilegalidad o el respeto de un nuevo sistema procesal. La decisión es suya, señor juez de las garantías. Muchas gracias».

Y así, vuelve a tomar asiento.

Mira a Villanela y ya no parece tan fiero como antes de su intervención: el imputado asiente con la cabeza en señal de aprobación.

45

Ahora, Joaquín tiene que esforzarse para que no se le note la satisfacción en la cara: acaba de debutar nada menos que en la Sala Penal Nacional. Un salto cuántico para un joven cuyo cartón de abogado aún tiene la tinta fresca.

El doctor Zapata tenía razón, piensa.

Voltea a ver a la mesa del fiscal: Fausto Martínez tiene una expresión confundida, como si no recordara el haber apagado la hornilla antes de salir de su casa.

El juez Contreras da por suspendida la sesión hasta después de la hora de almuerzo:

—Volveremos para emitir la resolución —dice Richard Contreras. Suena la campana nuevamente y todos se ponen de pie para despedir al magistrado.

Joaquín Montero sería capaz de abrazarlo.

Prisión preventiva

El almuerzo se enfría en las narices de Joaquín, cuyos pensamientos vuelven una y otra vez sobre su intervención en la sala de audiencias. A tan solo una cuadra de distancia, ocupando una de las mesas en aquel menú de dos cobres (es todo lo que su presupuesto puede aguantar), repite algunas partes de lo que ha dicho con la única intención de escucharse a sí mismo y sacar en claro cuál será la decisión.

47

Por cuarta vez desde que pusieron aquel plato de lentejas y arroz frente a él llega a la misma conclusión: lo hizo mejor de lo que esperaba.

Entonces se permite dar las primeras cucharadas a su almuerzo de lentejas con arroz. El clima de la capital se ha encargado de enfriar la comida a una velocidad inclemente. Pero a Joaquín no parece importarle: se dedica a pensar en qué es lo que hará una vez le den la libertad a Villanela.

¿Llamar primero a su madre o al doctor Zapata?, se pregunta.

Mejor a Zapata, quien sin duda estará a la espera del resultado, de su apuesta por él como su reemplazo.

O su sucesor.

Ese segundo término le gusta mucho más: se imagina recibiendo las felicitaciones de vuelta en Huaraz y una propuesta para ser abogado titular de más casos importantes, con un mejor sueldo y mejores posibilidades.

Y un terno nuevo y propio, por qué no.

48

Cuando se da cuenta, el plato está vacío. Pero Joaquín sigue con el apetito casi intacto.

Su primer partido ganado en las ligas mayores. «En la Champions», como le había dicho Emerson.

¡Emerson!, tengo que llamarlo también a él, recuerda Joaquín: su amigo le había prometido una nueva ronda de cervezas para cuando volviera triunfante, quizá de ahora en adelante cambiarán a whisky.

Antes de continuar con sus planes, decide mirar la hora: el reloj de Inca Kola anuncia que faltan menos de treinta minutos para volver a la sala. Deja un billete sobre la mesa y no se queda a esperar el vuelto: se permite dejar una propina porque, aun-

que su presupuesto es apretado, no siente que sea justo que solo a él le vaya bien aquel día.

Joaquín Montero sale del restaurante con un sabor de boca distinto al de las lentejas.

El sabor de la victoria.

La sala vuelve a entrar en sesión y lo que ocurre después toma apenas unos minutos: aquello acrecienta el efecto devastador que tiene la resolución judicial en Joaquín Montero:

—Luego de haber oído ambas partes —declara el juez Richard Contreras—, este despacho resuelve declarar fundado el pedido de prisión preventiva contra el imputado Marco Villanela por el plazo de 36 meses que deberán ser cumplidos de manera inmediata, siendo trasladado al penal que designe el INPE.

49

Joaquín Montero siente como si le hubieran abierto un enorme agujero a la mitad del vientre: tiene intención de decir algo, pero lo único que ocurre es que su boca se abre para dejar escapar el aliento que tenía contenido.

Gira la cabeza para mirar a su defendido, quien ahora sí se ve realmente furioso. Por suerte, el mo-

mento de tensión no dura demasiado: los mismos miembros de la SUAT que se acercaron a dejarlo ahora vienen a levantar a Villanela por las axilas y llevárselo de vuelta a la celda que ha estado ocupando hasta entonces y, después, al penal de máxima seguridad de Ancón I. Junto con las pocas pertenencias que tiene se llevará también una orden de prisión preventiva de 36 meses y, luego, posiblemente, por cómo van las cosas, una condena de aproximadamente 15 años.

De pronto, todo mundo se pone de pie: ahí ya no hay nada que hacer.

50

Los llantos de la mujer se oyen desgarradores, como salidos de una película de terror.

Olga Merino y sus hijas corren hacia el acusado, quien ya no es presa de la furia, sino de una tristeza que lo lleva a hacer algo que, de seguro, un hombre como él no ha hecho en mucho tiempo.

Marco Villanela llora.

Es lo más impactante que a Joaquín le toca ver ese día.

—Por favor —pide Villanela a los guardias—, solo déjenme despedirme de ellas.

Los de la SUAT se miran por un momento. Luego voltean a solicitar la aprobación del juez Contreras, pero este ya se ha ido del lugar.

—Por favor —suplica también la esposa de Villanela.

Uno de los agentes se encoge de hombros y decide quitarle las esposas que lleva en las muñecas, pero no las de los tobillos.

Una vez libre, Marco Villanela envuelve a su familia en sus enormes brazos. Todo es murmullos y sollozos dentro de aquella cápsula familiar. El único miembro de la familia ausente es el hijo mayor de Villanela, Cayito, quien, según se sabe, no ha podido dejar de culparse por la captura de su padre.

51

Joaquín mira la escena a menos de dos metros de distancia, como si se encontrara en la primera fila de un teatro.

No sabe qué decir o si debería decir algo siquiera.

Ya no siente miedo: acaso lo que lo embarga ahora es la indignación de haber presenciado una injusticia o una ilegalidad.

De pronto, uno de los guardias le dice a la familia que ya es hora.

Marco Villanela le da un beso a cada una de sus hijas y luego a su esposa. Y Olga Merino lo acaricia en la mejilla antes de decirle, por última vez, cuánto lo ama.

Joaquín Montero tiene un nudo en la garganta.

De pronto, Villanela se vuelve hacia él.

Solo espero que puedan encontrar mi cuerpo fresco, piensa, temiendo una represalia por no haber logrado su libertad.

Sin embargo, de la boca de su defendido no brota ninguna amenaza ni nada que se le parezca.

52

Todo lo contrario:

—Nos vemos en la apelación, doctor.

Y le tiende la mano.

Joaquín se la estrecha. Asiente, al tiempo que dice:

—Así es, señor Villanela. Vamos a seguir luchando.

Mientras los guardias se llevan al imputado, la esposa también se acerca a estrecharle la mano.

Los ojos anegados en lágrimas de las niñas, que acaban de despedir a su padre y que saben que este irá a pasar la noche en la cárcel, laceran el alma de Joaquín como dardos en llamas. Desearía pedirles perdón, pero no está seguro de que aquello sea lo correcto.

De camino a la salida, el joven abogado logra aprender una de las grandes lecciones que le ha tenido preparada la vida hasta ese momento.

«No cantes victoria antes de tiempo», o como diría su viejo en una muestra infinita de saber popular:

«Nunca te limpies el culo antes de cagar».

La apelación

El plazo para presentar el escrito de apelación es de tres días. Sin embargo, Joaquín no está dispuesto a dejar pasar ni siquiera uno antes de poder ingresarlo a la mesa de partes de la Corte. Pasa toda la noche metido en una cabina de internet, luchando con un teclado viejo y con la culpa de no haber dado más de sí aquel día en la sala.

—Tranquilo, no es el fin del mundo —le dijo el doctor Zapata cuando por fin se animó a llamarlo para contarle lo ocurrido—. Para eso existen las apelaciones, para darles uso. ¿El juez dijo cuáles eran los motivos por los que le dio prisión?

55

—No —respondió Joaquín, intentado recordar con mayor claridad aquellos últimos y aciagos minutos dentro de la sala—. De hecho, se limitó a repetir lo que había dicho el fiscal. Nada de lo mío. Decidió prisión y se fue.

—Bueno, eso es. Ahí tienes un buen punto para la apelación: el juez siempre debe responder al abogado.

—Entiendo. Me pondré a trabajar ya mismo y entregaré el documento antes de subir al bus.

—De acuerdo.

—Gracias, doctor. Ya le hablo luego.

—Joaquín —dijo Zapata antes de despedirse—, ¿sabes por qué el juez se fue sin decir nada sobre tus argumentos? ¿Sabes qué es lo que creo?

—¿Qué?

—Se fue porque tenías razón en tus alegatos. Se fue sin decir nada porque, como se dice coloquialmente, lo dejaste con la boca cerrada. Piensa en eso.

56

Y colgó.

Después de eso, Joaquín había preferido evitar dar explicaciones adicionales a cualquier otra persona y ponerse a trabajar. También quiso evitar perder el tiempo en comer o, incluso, cambiarse de ropa. Para cuando llega a la mesa de partes de la Corte, minutos antes de las nueve de la mañana, va vestido exactamente igual que al salir de ella hace menos de veinticuatro horas.

Quizá no había logrado lo que esperaba, que Villanela recobrar su libertad, pero sin duda no se había ido de allí con las manos vacías. Había conseguido algo también muy importante.

La confianza de su cliente.

Oír a Marco Villanela proponerle verse en la apelación y, por si fuera poco, llamarlo doctor infundió nuevos bríos en el cuerpo de Joaquín: no estaba dispuesto a defraudarlo.

Se retira de la sala y va hacia la agencia de viajes. Aborda el bus de vuelta a Huaraz al mediodía y siente que está de nuevo en carrera por la libertad de su defendido.

Joaquín Montero tiene toda la intención de aprovechar el viaje para seguir revisando sus documentos y encontrar mejores argumentos que pueda aportar en la nueva audiencia que, si todo sale como espera, se llevará a cabo dentro de un mes; pero las horas de sueño pendiente se acumulan pesadísimas sobre sus párpados: no ha salido siquiera de Lima cuando cae dormido.

57

Sus ojos no vuelven a abrirse durante las diez horas siguientes.

No experimenta sueño alguno: está demasiado agotado para eso.

Los consejos

—No lo entiendo, flaco —le dice don Felipe Montero, su padre, mientras revisa que al parabrisas de su auto no le haya quedado ninguna mancha—. De verdad que no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, papá? —Joaquín lo observa apoyado en la pared de su casa mientras bebe el vaso de cerveza que minutos antes su padre le puso en la mano. Sobre ellos, el cielo azul de Huaraz lo cubre todo como pintado al óleo.

59

—Al pata lo chapan porque dicen que es narco, ¿y no le bajan billete a nadie? —Deja tranquilo el parabrisas por un momento para que su hijo pueda apreciar mejor su cara de desconcierto—. ¿No le chancan la mano a nadie? Es increíble, flaco, ese pata tendría que estar suelto por ahí, con los tom-bos limpiándole las tabas.

A Joaquín no le sorprende que aquello salga de la boca de Felipe Montero, quien ha hecho de la palomillada y los atajos su forma de vida.

Tienen una buena relación, pero desde que Joaquín pisó la adolescencia lo siente más como un

amigo que como un padre: un amigo que no tiene reparos en dejarle saber exactamente lo que pasa por su cabeza.

Para muchas personas, incluida la madre de Joaquín, la franqueza de Felipe Montero es algo difícil de manejar.

«Frescura», le llama ella.

—No es la forma en la que se pueda resolver algo como esto, papá. Se trata de un caso para la Sala Penal Nacional, no es cualquier juzgado donde los jueces son los mismos que te puedes encontrar en la fiesta de un amigo o en la losa deportiva un sábado por la tarde. Estas son las ligas mayores, aquí sí vale la capacidad que pueda tener uno para litigar y hacer una defensa como se debe.

60

Joaquín siente que la cerveza se ha ido calentando en su mano y prefiere terminarla de un trago.

—No interesa dónde sea —responde su padre, apresurándose a volver a llenar el vaso—. Hasta los presidentes transan y nadie sale a llorar. Tienes que pensar, flaco, mira cómo te va costando una primera derrota. Así no vas a avanzar. Tienes que aprender la jugada ganadora. Y no te molestes, te estoy haciendo un favor. Salud.

Choca su vaso con el de su hijo y vuelve hacia su carro, que utiliza para llevar a cabo paseos turísticos.

Es el tipo de cosas que esperaba oír cuando decidió ir a visitar a su padre. Felipe Montero jamás vio con buenos ojos que su hijo quisiera estudiar derecho. Para él, lo más sensato hubiera sido meterse de policía o hacer carrera política.

—Con eso, te la llevas fácil —le dijo alguna vez cuando conversaron del tema.

Aun así, Joaquín ha aprendido a valorar ese punto de vista sobre la vida que a él se le hace tan esquivo: sabe que nadie está libre de necesitar una buena dosis de «viveza» en la vida.

61

—¿Cómo va el negocio? —pregunta Joaquín, cambiando de tema.

—Bien, ahí —dice su padre, pasándose ahora a las ventanas del costado derecho—. De cuando en cuando caen unos gringos que me paran el mes.

—Qué bien.

—¿Cuándo tienes que regresar a Lima? —le pregunta su padre señalando su vaso con la mirada para que siga tomando.

—En cinco semanas. Justo me llamaron ayer para notificarme.

—Flaco, hazte un favor y arregla esa vaina como se tienen que arreglar, ¿okey? —Se acerca a Joaquín y le pone una mano en el hombro—. Tienes mucho futuro, hijo, no te lo voy a negar. Naciste con una inteligencia que hasta ahora no sé a quién le sacaste. Pero tú decides si ese futuro es como abogado o aquí conmigo, paseando turistas por unos cuantos mangos al mes. Te lo digo con cariño. Salud.

Y siguieron tomando hasta acabarse la botella.

La próxima parada es al día siguiente, jueves, en el despacho del doctor Zapata. Habría acudido el mismo miércoles, el día que llegó a Huaraz, pero el doctor le ordenó tomarse el día libre. Fue entonces cuando, después de desayunar con su madre y hermano, decidió visitar a su padre.

Cuando el doctor ve llegar a Joaquín con el maletín por delante, lo detiene:

—Quédatelo, lo has hecho bien. Todavía puedes ganar esto.

A veces Joaquín se pregunta cómo habría sido su vida con un padre como el doctor Zapata en lugar

del que le había tocado. Tenía razones para pensar que podría haber resultado bien, de no ser por el hecho de que ninguno de los cuatro hijos del abogado había seguido sus pasos.

—Gracias, doctor.

—Siéntate. Quiero que me digas cómo te sientes.

Joaquín ocupa su lugar frente a su jefe y pasea la mirada por los anaqueles abarrotados de libros empastados: otra cosa que se pregunta es cuánto tiempo le tomará tener una colección como esa.

—Bien, más tranquilo, doctor. Gracias.

63

—Escucha, hijo —dice el doctor Zapata como si hubiera adivinado lo que Joaquín venía pensando—. En la nueva audiencia podrás desarrollar mejor tus argumentos, son bastante sólidos, así que no quiero que estés estresado. Conversé con la esposa de Villanela y me confirmó algo que yo ya sabía, que te luciste en la sala.

—¿En serio dijo eso?

—Claro que sí, dijo que se sentía tranquila de que tú estuvieras defendiendo a su esposo. Me felicitó.

—Eso no lo esperaba —responde Joaquín, reprimiendo una sonrisa.

—Así lo hizo y fue lo correcto. Y con respecto a la decisión del juez, tampoco debes preocuparte, ese Richard Contreras es conocido por hacerles el trabajo a los fiscales. La vida te da revanchas, Joaquín, pero para dártelas primero tiene que darte algunas derrotas.

Quizá la intención de su padre al hablarle el día anterior sobre lo que debería hacer fue de las mejores. Sin embargo, lo que Joaquín realmente necesitaba escuchar era algo parecido a lo que el doctor Zapata le está diciendo en ese momento.

64

—Entiendo lo que me dice, doctor. Muchas gracias... otra vez.

—Nada que agradecer. Olvídate por unos días del caso Villanela, deja que tu cerebro se oxigene.

—Buena idea.

—Y, para ayudarte, tengo unos escritos con los que quiero que me apoyes. —A diferencia de Joaquín, el doctor Zapata no reprime nada, deja escapar una carcajada. Más allá de lo sucedido con el caso, se nota feliz de que su aprendiz esté de regreso—. Ve con Chris y pregúntale por ellos.

Joaquín se despide y va donde la administradora del estudio: se para frente al escritorio de Chris y le pregunta por los documentos. Mientras la chica busca entre los expedientes, Joaquín le hace un comentario sobre su nuevo peinado.

—Te queda bonito —hacía rato que quería hacerle un comentario como ese.

—Gracias... Joaquín —Chris procura no levantar la mirada para que nadie vea que se ha sonrojado.

Después de haber logrado su cometido con éxito, Joaquín va a su escritorio y empieza el papeleo. Hace un par de llamadas y resuelve algunas consultas de posibles clientes.

Si de eso se trata el día a día de un abogado litigante, le está gustando más de lo que esperaba.

Nace una estrella

Cinco semanas después, Joaquín Montero está de vuelta en la Sala Penal Nacional y en una sala incluso más grande que en la que se celebró la audiencia anterior. Todo luce exactamente igual, salvo por un par de detalles: esta vez son tres jueces, ya no uno. El fiscal Fausto Martínez es historia, quien se encuentra en la mesa de la fiscalía es el jefe de este, el fiscal superior Armando Quispe, quien se ha acercado a estrechar la mano de Joaquín, y que él ha interpretado como un buen signo de la audiencia por delante; y, por último, el terno que lleva el joven abogado ya no es alquilado.

67

Es propio: se lo compró la semana anterior con un bono extra que le dio el doctor Zapata por una gestión en favor de otro de sus clientes, un hombre al que libraron de pagar una indemnización absurda.

Una vez más, Marco Villanela vuelve a sentarse junto a él: la cárcel le ha quitado varios kilos de encima, pero eso no impide que estreche la mano de Joaquín con energía.

—Me alegro de verlo, doctor —le dice.

Su esposa e hijas también están presentes, el grupo de mujeres está inmerso en una plegaria colectiva. Excelente, piensa Joaquín, toda ayuda es bienvenida.

El reloj marca las nueve en punto de la mañana.

Cuando la sesión da inicio, Joaquín Montero se siente más que listo: después de que los jueces le otorgan la palabra, se presenta e inicia su alocución. Tal como se lo aconsejó el doctor Zapata, hace especial énfasis en la ausencia de motivación en la decisión tomada por el juez Richard Contreras.

68

—Lamentablemente, el juez concluyó la audiencia antes de que cualquiera de los allí presentes hubiera tenido oportunidad de conocer los motivos de su decisión. Creo yo, señores miembros del tribunal, que el destino de una persona requiere una mayor responsabilidad por parte de aquellos a quienes les toca decidir acerca de dicho destino.

Y ahí está, el toque humano, otro de los aspectos que se prometió resaltar en su nueva intervención. Es importante aprender y recordar que el derecho penal no son solo libros, sino las personas a las que puede afectar o no lo que está escrito en ellos.

También le gustaría decir eso, pero ya sería un exceso.

No puede afirmarlo a ciencia cierta, pero cree que su desempeño es aún mejor que la vez anterior.

Es todo.

Cuando termina, Joaquín Montero vuelve a sentarse para oír el discurso de su contraparte, que es, palabras más, palabras menos, la misma que diera en su momento el fiscal Fausto Martínez.

Poco después, los jueces llaman al receso y, otra vez, Joaquín va a buscar refugio al menú que tiene a dos cuadras de la Corte.

De camino a la salida, se encuentra con algo que antes no estaba allí: un grupo de periodistas.

69

Al parecer, un juicio sumamente importante se lleva a cabo en otra de las salas. Uno de los periodistas se acerca a Joaquín para preguntarle si él también forma parte de la defensa de aquel político que ha ido a comparecer ese mismo día.

—No —responde, sin tener en cuenta el celular que el periodista le aproxima a la cara—, yo he venido a defender a un hombre acusado de ser el mayor narcotraficante del país.

Sin esperar a que el periodista pueda realizarle otra pregunta, sigue su camino, cruzando los dedos

para encontrar una mesa disponible en el restaurante.

Ese día la fortuna le sonríe, hay una mesa esperando por él y, por si fuera poco, el plato del día es el lomo saltado, su favorito.

Una hora después, al regresar a la sala, escabulléndose entre los periodistas que ahora son más, Joaquín Montero se promete no cometer el mismo error de la vez anterior y cantar victoria antes de tiempo: escuchará el veredicto de los jueces con la mayor prudencia posible.

70

—¿Qué pasará si me ratifican la prisión, doctor? —le pregunta Villanela, quien apenas puede contener su desesperación.

—No pensemos en eso aún —responde Joaquín, comprobando que su aplomo no solo es una cuestión de apariencia, sino que lo tiene totalmente interiorizado—, esperemos la decisión con confianza.

—Está bien, doctor. Está bien.

Cuando los jueces vuelven a ocupar sus lugares y la sala queda en silencio, Joaquín se encarga de eliminar cualquier otro pensamiento que lo pueda distraer. Incluida aquella afectuosa despedida de Chris de hace dos días que lo dejó algo encandilado:

«Vuelve para que me cuentes todo», le dijo la administradora del estudio del doctor Zapata después de darle un tibio beso en la mejilla.

—Los miembros de la sala hemos tomado una decisión —dice el miembro más joven de la terna, un juez apellidado Carsasto, que no debe tener menos de sesenta años—. Esta sala ha decidido revocar la resolución de prisión en contra del imputado Marco Villanela debido a la ilegalidad evidente con la que se realizaron las escuchas telefónicas, la ausencia de corroboración de la declaración de los colaboradores eficaces y la ausencia de argumentación de un peligro procesal concreto. Por lo tanto, ordenamos la liberación inmediata del señor Villanela.

71

El grito de Olga Merino rompe la solemnidad de la sala. El juez Carsasto hace un llamado a la calma y continúa con la lectura de la nueva resolución.

Si fuera por Joaquín, habría dado un grito aún más potente: ha ganado su primer caso como abogado titular.

Y nada menos que en la Sala Penal Nacional.

«¡En la Champions!», como diría Emerson.

Los ojos de Villanela vuelven a estar anegados en lágrimas, pero esta vez de alegría. Ni siquiera

espera que los agentes de la SUAT le quiten las esposas para intentar darle un abrazo a Joaquín, quien no lo evita.

—¡Gracias, doctor! ¡Muchas gracias!

El juez Carsasto desiste de hacer un segundo llamado al orden: prefiere terminar de leer la nueva resolución cuanto antes y dar por concluida la sesión.

Junto con los abrazos de su cliente, llegan los de la familia. Las hijas de Villanela se arremolinan a su alrededor como si el padre liberado fuera él.

72

Es el final feliz con el que vienen soñando desde hace más de dos meses.

—Venga a cenar con nosotras, doctor —lo anima Olga Merino, cuyo rostro también luce bañado en lágrimas—. Venga mientras esperamos que dejen salir a mi marido.

—Sí, doctor —agrega Villanela—, para celebrar el resultado.

Joaquín agradece la invitación y acepta: se pondrán en contacto más tarde para ver el lugar de encuentro.

—Mientras tanto, me gustaría ir a mi hotel a descansar un poco —dice para disculparse.

—Excelente, doctor, no hay problema —responde Olga Merino. Antes de volver a abrazarlo, le pregunta—: ¿Le gusta el chifa?

El rostro de Joaquín Montero debe lucir más sonriente de lo que cree, pues, al salir, es abordado por tres periodistas, incluido el que se le acercó más temprano, cuando iba de salida para almorzar.

—Doctor, ¿cómo concluyó la audiencia? —pregunta este.

—Cuéntenos, ¿qué va a pasar con el señor Villanela? —dice otro.

73

—¿Son ciertas las acusaciones que hacen de él diciendo que es un peligroso narco?

—Doctor...

Lo acribillan a preguntas. Joaquín no sabe a quién responder primero, de modo que ensaya un breve resumen de lo ocurrido desde la captura de su cliente.

Mientras va relatando lo ocurrido, más periodistas se suman. Un par de *flashes* sorprendivos lo hacen parpadear.

Joaquín Montero aún no lo sabe, pero aquella es su primera rueda de prensa.

Está a punto de convertirse en la nueva y prometedora estrella del derecho penal.

El primer político

Fueron tres días de felicitaciones y fiesta ininterrumpida. Joaquín piensa que quizá el alboroto habría sido menos de no haber aparecido aquellas notas en los periódicos.

A su llegada a Huaraz, su madre lo había recibido con la mesa de desayuno cubierta con todos los ejemplares que fue capaz de conseguir en el quiosco.

75

«Villanela libre de cargos», rezaba *El Comercio* en una de sus páginas centrales.

«Joven abogado huaracino libra a Villanela de acusación por narcotráfico» o «Abogado huaracino gana prisión en la corte más importante del país», era lo que decían los diarios locales.

Sin embargo, había uno que resaltaba entre todos. El titular de *El Men* decía lo siguiente:

«Abogado pulpín la rompe y saca de cana a terrible narco».

Diego, el hermano menor de Joaquín, compró una copia de este último solo para él:

—Lo voy a tener a mano para que no te la vayas a creer mucho, abogado pulpín —después de eso, había empezado a carcajearse hasta que acabó doblado en el suelo.

Su padre tampoco tardó mucho en ponerse en contacto con él para felicitarlo.

A su manera.

—Bien jugado, flaco. La próxima vez que salgas en el periódico quiero verte abrazado de una vedete, ya sabes.

76

Su madre preparó una cena con todo lo que a Joaquín más le gustaba: picante de cuy y su respectivo tocosh. Llamó a un par de tías y primos, y la casa se llenó de música hasta la madrugada. Por suerte, al día siguiente era sábado.

La invitación de Emerson tampoco se hizo esperar:

—Los goles se gritan y las libertades se celebran, esa es la cábala, hermano. Nos encontramos a las siete —y, antes de colgar, le soltó el puntillazo—: ¡Abogado pulpín!

La mañana del domingo, Joaquín se encontró a sí mismo en un restaurante que atendía las veinticuatro horas, frente a un gran plato de caldo de cabeza. Junto a él, encontró a Emerson dormido, con la frente pegada a la mesa y su plato vacío.

Joaquín se pasó el resto del día durmiendo.

Al día siguiente tenía que estar a primera hora de vuelta en la oficina.

En el estudio del doctor Zapata, nadie se ha detenido demasiado en analizar los titulares de la prensa. El verdadero impacto de la audiencia ganada se traduce en las constantes llamadas telefónicas y solicitudes de consulta que están recibiendo desde que empezó la mañana.

77

Al llegar, Joaquín encuentra a Chris con el teléfono en una oreja y el celular del estudio que no para de sonar.

Al ver a Joaquín le dedica un breve guiño que él no tarda en interpretar como la promesa de, cuando esté menos ocupada, saludarlo apropiadamente.

Sus demás compañeros también se apresuran a saludarlo. Joaquín recibe más invitaciones a comer

y beber, que lo único que logran es revolverle el estómago.

Las acepta mientras piensa en alguna excusa de último momento para cada una de ellas.

—El doctor te está esperando —le dice Gianfranco, un practicante que no tiene más de dos semanas en el estudio.

Joaquín se dirige al despacho del doctor Zapata y toca la puerta. Al no obtener respuesta, se asoma. Su jefe, al igual que Chris, también está al teléfono.

78

Le hace una seña y Joaquín entra.

—Jamás me gustó dar entrevistas ni ese tipo de cosas que poco tienen que ver con articular una buena defensa —le dice a Joaquín después de terminar la llamada—, pero entiendo que hoy en día lo que piense la opinión pública suele importar casi lo mismo que lo que piensen los jueces, ¿verdad? ¿Qué tal tu fin de semana?

Joaquín le hace un breve recuento de lo que fueron las constantes celebraciones con sus familiares y amigos: su resaca y ojeras son prueba de ello.

Luego, aprovecha la oportunidad para agradecer una vez más la confianza puesta en él.

—Sabía en todo momento lo que estaba haciendo. Así que «de nada», pero el mérito es todo tuyo. Lo cual me lleva al tema del que quiero hablarte con urgencia. En realidad son dos, pero vamos por el primero.

—Lo escucho, doctor.

—Antes de escuchar, quiero que leas esto.

El doctor Zapata desliza un documento hacia él.

Joaquín lee las primeras dos líneas y de inmediato sabe de qué se trata.

—Es un contrato —dice volviendo a levantar la mirada.

79

—No, no es «un» contrato. Es «tu» contrato. Desde ahora, si decides firmar, pasarás a ser abogado titular. Con todo lo que implica ser un abogado titular. Te acondicionaremos una oficina solo para ti y, claro está, el sueldo acorde con tu nuevo cargo.

Joaquín no necesita preguntar de cuánto dinero se trata, lo sabe de sobra.

Su rostro sorprendido —o turbado— le hace saber a su jefe que quizá necesite explicar un poco más la situación.

El doctor Zapata se aclara la garganta:

—En cualquier momento empezarás a recibir llamadas de otros estudios, cada cual con promesas que van a entrar a tu cabeza como cantos de sirena. Te van a querer jalar a sus filas. No digo que esto esté mal, para nada, lo tienes más que merecido; pero, ya que vas a recibir muchas propuestas, quiero aprovechar mi lugar de privilegio para hacerte llegar la mía primero. Si gustas puedes pensarlo, llevarte el documento a casa y leerlo con más...

Joaquín no lo deja terminar: toma el bolígrafo que tiene más a mano y firma el contrato en un segundo.

Se lo desliza de vuelta a su jefe:

—Doctor, yo...

—Felicidades —el doctor Zapata le extiende la mano para cerrar el trato: el apretón dura lo suficiente para dejar constancia de la confianza que se tienen uno a otro—. Bien —dice finalmente el abogado—, resuelto este primer asunto, pasemos al siguiente.

—¿De qué se trata, doctor?

—Tu próximo caso, ¿qué otra cosa puede ser? Debes estar listo, vienen a verte hoy por la tarde.

Y mira cómo son las cosas, igual que tú, tu cliente también ha salido en los periódicos durante el fin de semana.

El doctor Zapata retira el contrato del escritorio y, en su lugar, coloca la primera página de un diario: el titular le resulta familiar a Joaquín.

Es un tema del que todo mundo parece estar hablando en Huaraz.

«Gobernador regional en prisión, acusado de recibir sobornos».

La foto que acompaña es la de Manrique Vargas, máxima autoridad en la región: camina cabizbajo entre un par de policías y lleva una chaqueta sobre las manos para cubrir las esposas.

81

—¿Él? —pregunta Joaquín mirando a su jefe.

—Así es, muchacho —el doctor asiente satisfecho—: estás a punto de defender a un verdadero pez gordo, tu primer político.

Manrique Vargas tiene cincuenta y nueve años, y los últimos treinta los ha dedicado a la política. Empezó como regidor de la Municipalidad de Huaraz y desde entonces no se ha detenido hasta

ocupar el máximo cargo de la región. Entremedio fue alcalde durante un periodo y congresista durante dos, lo que calza en la descripción de lo que se conoce como un «político de carrera».

También ha sido acusado de unos cuantos delitos durante aquellos treinta años, lo que tampoco parece estar muy alejado de dicha descripción.

El más conocido de todos ellos es una curiosa falsificación en su hoja de vida, dentro de los documentos remitidos al Jurado Nacional de Elecciones. Durante algunos de sus varios procesos de postulación figuraba un diploma expedido por una prestigiosa escuela de cocina de Chile. Nada menos.

82

Todo parecía estar en regla, salvo por un pequeño —aunque evidente— error en el nombre que figuraba en el encabezado:

«Instituto Culinario Le *Gordon* Bleu».

No fueron pocos los periodistas que se apresuraron a constatar que, en sus más de cien años de historia, el prestigioso instituto jamás habría cometido un error como ese. También constataron que, en dicho lapso, tampoco había tenido a un alumno proveniente del Perú llamado Manrique Vargas.

«Falsa declaración en proceso administrativo»: una raya más al tigre.

Más allá del escándalo y las bromas que desató, el *impasse* fue rápidamente solucionado.

Manrique Vargas ganó la elección con un margen que solo el sensacionalismo fue capaz de otorgarle.

Sin embargo, esta vez, es diferente.

No se trata de simples rumores o de trascendidos de la prensa a raíz de algún comentario de sus opositores políticos.

Esta vez, la fiscalía está de por medio: es el tipo de oportunidad por la que los miembros del Ministerio Público han estado esperando. Para ellos, es el típico sujeto impune al que le ha tocado su hora.

83

Y hasta donde saben, el objetivo se está cumpliendo. Vargas, gobernador de la región Áncash, lleva ya dos noches durmiendo en una celda a la espera de ser trasladado al penal.

Aunque en primera instancia fue absuelto, la apelación de fiscalía había dado frutos. La Sala de Apelaciones revocó la decisión, lo condenó a una pena privativa de libertad efectiva y ordenó su internamiento en el establecimiento penitenciario de Huaraz.

Son las cuatro y veinte de la tarde cuando Bety Aguirre, esposa de Vargas, entra a la sala de reuniones donde la esperan Joaquín y el doctor Zapata: ambos abogados se levantan en señal de respeto.

La señora Aguirre va vestida con un elegante traje rojo y usa unas gafas oscuras que, por el enrojecimiento en su nariz, Joaquín no cree que vaya a quitarse: es la segunda esposa sollozante que ve en menos de una semana.

—Disculpen la demora —dice obviando el saludo.

84

—Descuide, señora, tome asiento, por favor — el doctor Zapata es quien llevará adelante la entrevista.

—Gracias.

—Recibimos la sentencia de la sala hace unos minutos y ya la estamos imprimiendo. Mientras tanto, quisiera que nos cuente cómo han sucedido las cosas hasta ahora, señora Aguirre.

La mujer escarba entre su bolso en busca de algo, poco después saca un pañuelo para secarse la nariz:

—Se lo llevaron hace tres días, entraron durante la noche como si fueran ladrones. Nuestros hijos no han vuelto a dormir desde entonces. Tienen miedo, como

es lógico. —La mujer se toma un segundo para evitar romper en llanto nuevamente, el tiempo de lamentarse ya pasó—. Lo están involucrando injustamente, lo acusan de colusión y de no sé qué cosas más.

—Es por lo del estadio, ¿verdad? —se anima a preguntar Joaquín.

La mujer asiente mientras se lleva el pañuelo a la nariz por enésima vez:

—Es cosa del comité de selección, de los ingenieros y del contratista: ellos son los que han cometido el delito. Mi esposo no tiene nada que ver con eso, lo único que hace es trabajar por la gente y soportar el ataque de sus enemigos políticos.

85

El breve discurso de Bety Aguirre es el que cabe esperar de una mujer que ha sido parte de un buen número de campañas políticas. Aun así, Joaquín se guarda de establecer cualquier juicio al respecto.

Después de todo, la mujer que tiene al frente y su esposo son sus clientes.

—Descuide, señora Aguirre —la tranquiliza el doctor Zapata—, nos encargaremos personalmente del caso de su esposo. Por si no lo sabe, aquí el doctor Montero acaba de obtener un veredicto favorable en la Sala Penal Nacional, por lo que ya tiene una buena experiencia a su favor.

Algo de lo dicho por su jefe causa cierta extrañeza en Joaquín. Sin embargo, no cree conveniente interrumpirlo, las preguntas las hará cuando la mujer se haya marchado.

—Eso está bien —dice ella—, pero lo que quiero es que saquen a mi esposo de prisión ya mismo. Sé que lo piensan trasladar al penal de Huaraz hoy, de modo que no hay tiempo que perder.

Zapata asiente:

—Entiendo su preocupación, pero en ese caso no hay nada que se pueda hacer: lo único que queda es esperar la audiencia de casación. —Antes de que la señora Aguirre pueda protestar, el abogado pone ambas manos por delante y continúa—. Aún tenemos un par de semanas hasta la audiencia, de modo que estamos a tiempo de prepararnos bien y llevar adelante una buena defensa. Puede estar tranquila.

86

Bety Aguirre abre la boca para decir algo más, pero se detiene.

Vacila un poco y, finalmente, guarda su pañuelo en su bolso y se pone de pie.

—Les agradezco mucho, doctores —les ofrece una mano de uñas color carmesí—. Estoy disponible a cualquier hora por si necesitan algo.

—Lo mismo le digo —dice el doctor Zapata.

La mujer abandona la sala dejando tras de sí un perfume dulzón e intenso.

El doctor Zapata se vuelve hacia Joaquín:

—Puedes pasar por tu copia del expediente donde Chris en media hora, son varias hojas. Dale una leída, luego dale otra y otra más, y conversamos mañana por la mañana aquí mismo. Anda pensando quién del estudio quieres que te asista porque lo vas a necesitas. Ahora tengo una reunión, pero si tienes alguna duda, envíame un mensaje, no hay problema. De más está decir que este caso es importante, Joaquín. Incluso más que el de Villanela.

87

La mención al caso anterior le recuerda a Joaquín que tenía una pregunta para su jefe.

—Doctor.

—Diga.

—Creí escuchar que mencionó a la Sala Penal Nacional. ¿Fue por alguna razón en específico?

—Claro —el doctor Zapata se alisa el cabello, preparándose para abandonar la sala también—, es importante recalcar tu resultado anterior en vista de que vas a ir a litigar a la Corte Suprema.

—¿A la qué? —Joaquín está seguro de haber oído mal.

—A la Suprema, con jueces supremos, cinco de ellos —y después, mirando lo pálido que su discípulo se ha puesto, añade—. Qué bueno que te compraste un traje nuevo.

El doctor Zapata sale. Joaquín se queda de pie durante unos instantes.

Pronto se da cuenta de que la impresión aún anda en sus piernas, de modo que decide sentarse.

La cita

Han pasado más de veinticuatro horas y los nervios que lo recorren son aún peores que los que sintió al enterarse de que iba a litigar en la Corte Suprema. La transpiración recorre el cuerpo de Joaquín haciéndole pensar que, si Chris se demora un par de minutos más, no le va a quedar otra que ir a conseguir una camisa nueva.

La gente que entra al cine pasa junto a él sin percatarse del aspecto que tiene: de hacerlo, creerían que lleva una bomba a punto de estallar bajo los zapatos o algo por el estilo.

89

Para Joaquín se siente justo así. La idea de correr de vuelta a casa a sumergirse en el expediente Vargas le ha pasado por la cabeza una inquietante cantidad de veces.

Pero se ha obligado a no moverse.

A esperar que den las ocho en punto para ver llegar a su cita.

¿Cita?, se pregunta.

La sola palabra lo pone aún más tenso. Ha intentado convencerse de que solo se trata de una salida de amigos, de compañeros de oficina, aunque no ha tenido mucho éxito. No puede evitar ser su propio abogado e intentar defenderse de las acusaciones que su misma conciencia le hace. Sus alegatos son los siguientes:

1. No puede demostrarse que quiera entablar alguna relación sentimental con Chris. Su salida no va más allá de la intención de seguir cultivando una linda amistad.
2. En ningún momento mi invitación ha tenido sesgo de índole romántico o sexual. No tengo testigos para afirmarlo, pero tampoco los hay para afirmar lo contrario.
3. En tanto la cita aún no se ha llevado a cabo, no existe hecho susceptible de juicio.
4. Además...

90

En el momento que se imagina el rostro enojado del doctor Zapata ha reculado y ha empezado a pensar en cualquier otra cosa.

Le parece que lleva parado ahí varios días, cuando, en realidad, no hace más de cuatro minutos que ha llegado al centro comercial. ¿Se habrá puesto la suficiente cantidad de perfume? ¿Tendrá algún cabello levantado a mitad del cráneo? ¿Debería haber

comprado alguna menta para el buen aliento? ¿Hay tiempo aún para eso?

Cuando cree imposible seguir aguantando los nervios y teme acabar desmayado o ser víctima de un paro cardíaco, una figura llama su atención a media cuadra de distancia.

Le es familiar, aunque no del todo.

Los jeans, las botas largas, la blusa y el corte de cabello son nuevos, y, cuando la tiene más cerca, se da cuenta de que el maquillaje también lo es.

Lo que resulta igual es la mirada chispeante y la expresión en el rostro de Chris: siempre a punto de dejar escapar una sonrisa.

91

En apenas una fracción de segundo, Joaquín alcanza a preguntarse cómo fue que se animó a invitarla a salir, ya no está seguro de si fue premeditado o si surgió en el momento que se le acercó a pedirle la copia del expediente. Quizá fue un efecto colateral del *shock* que llevaba luego de la entrevista con la esposa de su nuevo cliente.

De todas formas, nada de eso importa ya: Chris llega hasta él y le ofrece la mejilla para que puedan saludarse.

Cuando Joaquín acerca los labios a la mejilla de la chica, lo único de lo que está seguro es que se alegra de haberlo hecho.

Dos horas después, Joaquín Montero apenas recuerda nada de la película: había un sujeto con un perro (¿o era un tipo de dragón?), algunos policías y una puerta a otra dimensión.

O algo así.

El grueso de su atención ha estado en Chris y todas las veces que sus manos se han rozado al tomar canchita del mismo balde.

92

Salen del cine y caminan en dirección al paradero. A Joaquín le hubiera encantado invitarla a cenar, pero sabe que lo mejor para ambos es irse a casa temprano.

—Me gustó mucho la película. Me reí como una loca en la parte de la boda —dice Chris, aún ensimismada en lo que acaba de ver.

—Sí, también fue mi parte favorita —responde Joaquín sin tener la menor idea de a qué se refiere la chica.

—Joaquín —Chris se planta frente a él con los brazos en jarras—: no hubo ninguna escena de boda en la película. ¿En qué has estado pensando todo este tiempo?

Está acorralado.

Intenta elucubrar alguna excusa que no suene demasiado incómoda, pero es la misma Chris quien se encarga de dársela.

—Es por el caso de Vargas, ¿verdad? El doctor Zapata dijo que era un caso muy importante y que ibas a litigar en la Corte Suprema.

Bastante convincente, piensa Joaquín, y decide seguir por ahí:

—La verdad es que sí —clava la mirada en el suelo—. Lo lamento, no quiero que pienses que no me divertí contigo. De hecho... me gusta mucho. Es solo que sigo pensando en que tuve suerte en el caso anterior y que quizá esta vez no me vaya igual.

Lo que sucede a continuación no se lo espera: Chris toma su rostro con ambas manos y, suavemente, vuelve a levantar su mirada:

—Tranquilo, te entiendo perfectamente, pero estás equivocado: no fue suerte. Fuiste tú.

Joaquín la mira a los ojos y siente que sería capaz de creer cualquier cosa que Chris le dijera en ese momento.

Es cierto que no se conocen hace mucho, pero, sin saber cómo, la humildad y la alegría que todo el tiempo parecen gobernar el alma de Chris salieron a relucir muy pronto: su manera de dar los buenos días, el trato que deparaba a todos por igual y una costumbre de tararear alguna canción mientras tecleaba en la computadora. Todas ellas señales de una persona cuya bondad y buen corazón es solo equiparable a los finos rasgos que componen su belleza física.

94

—Sí, quizá será difícil, pero también es cierto que cuentas con toda la capacidad y el talento necesarios para poder hacer una buena defensa.

—¿Tú... estás segura de eso?

—Tan segura como que no hubo una boda en la película que acabamos de ver. O bueno, que yo acabo de ver —por fin quita las manos del rostro de Joaquín y se ríe dejando a la vista su blanca y perfecta dentadura.

—Oye, yo también la vi —ahora es Joaquín quien pone los brazos en jarras—. Me gustó la parte en donde aparece el doctor y le dice que...

—Joaquín, no había ningún doctor.

—¿Enfermera?

—Nada.

—¿Científico?

—Frío, frío. —Chris se da media vuelta y empieza a caminar hacia el paradero.

La noche es tibia e invita a disfrutar de la vida en la calle: no son la única pareja que camina entre abrazos y risas.

—Tiene que ser algo como eso, el tipo tenía bata. —Joaquín la sigue a medida que disfruta cada segundo de aquella despedida—. ¡Cocinero! ¡Tiene que ser un cocinero!

95

Chris vuelve a negar con la cabeza.

Se despiden pocos minutos después.

Ambos con una sonrisa en el rostro.

La estrategia de defensa

Los días corren entre denuncias, defensas y, claro está, entre los documentos que comprenden el caso de Manrique Vargas. Joaquín siente que conoce la vida del político mejor que la suya propia.

La acusación de la fiscalía es clara: creen haber encontrado irregularidades en el proceso de licitación para la construcción del nuevo estadio deportivo de la región, un megaproyecto de varios millones de soles que Vargas prometió durante su campaña. Otra de las empresas que se presentó a la licitación y perdió había dado la alerta.

97

¿Los indicios de colusión? Un aparente soplo por parte del comité seleccionador para que la empresa que resultó ganadora diera un monto de apenas unos soles menos inmediatamente después de que las otras empresas concursantes enviaran sus propuestas. Además de eso, una supuesta coima, una carta fianza falsificada y, por si fuera poco, unas fotografías tomadas en una playa del Caribe en las que aparecen, bronceados y sonrientes, abrazados el uno del otro, el presidente del comité de selección junto con el dueño de la empresa ganadora.

Era claro por qué los fiscales a cargo del caso, quienes desde hacía mucho venían tras la pista de Vargas, se encontraban salivando por iniciar el juicio y celebraron su condena a nivel de la Sala de Apelaciones.

—Eso, y que también hay mucha envidia —afirmó Emerson, mientras Joaquín y él se encontraban pasando una tarde de viernes en El Rincón del Chato, su cebichería preferida.

—¿Envidia?

—Claro. Piénsalo, hermano —Emerson apartó las botellas de cerveza vacías para acercarse más a su amigo—: los políticos y empresarios se la gozan mucho más que los fiscales. Siempre andan en mejores carros y se van de viaje más seguido.

98

—Eso parece —respondió Joaquín, haciendo «salud» y apurando su vaso. Empezaba a pensar que durante los últimos dos meses había ingerido la misma cantidad de alcohol que durante el resto de su vida, empezaba a ganar experiencia también en ese aspecto—. ¿Y qué me dices de nosotros, los abogados? ¿También nos tendrán envidia?

Emerson soltó una risotada:

—¿Envidia? ¡Envidia es poco, hermano! Ponte a pensar —hizo una breve pausa para llamar al mesero y mostrarle dos dedos—. Imagínate que tú

andes chambeando duro y parejo por años de años, y que venga un chibolo de veintitantos y se siente frente a ti en un juicio con un reloj que vale lo mismo que tú ganas en seis meses.

—Yo no uso reloj.

—Pero seguro lo vas a usar, hermano, y pronto. Y ahí te vas a dar cuenta lo que les jode que así sean las reglas del juego.

—Tú hablas como si tuvieras más experiencia que todos los abogados juntos, compadre —dijo Joaquín—, y eso que recién vas a entrar a practicar.

99

Emerson se ruborizó mientras sonreía muy a su pesar. Casi se había olvidado de que aquella era la verdadera razón por la que habían quedado en la cebichería: celebrar que Joaquín le acaba de conseguir prácticas en el estudio del doctor Zapata.

Inmediatamente después, Joaquín lo había convocado para el equipo que se encargaría de la defensa de Vargas.

—Ya, ya, compadre, no me vaciles tampoco —dijo Emerson, después de volver a llenar su vaso—. Lo que te digo no es por experiencia, es por sentido común. Y algo me dice que te va a tocar verlo cuando estés ahí en la Suprema.

—Veremos, compadre. Salud.

—Doctor, por favor.

—¡Ah caray! Perdón. Salud, doctor.

—Salud, colega.

No les ha tomado más de una semana delinear los pilares de su defensa: la clave es el principio de confianza. Manrique Vargas, como gobernador regional, no puede tener la cabeza en todos los asuntos que conciernen a su gestión; por lo tanto, debe poder delegar ciertas responsabilidades en su equipo.

100

Si acaso había cometido un error, fue confiar en las personas incorrectas.

—Sobre el soborno, no hay más que una sospecha —le dice Joaquín a su equipo. Lo conforman Giuliana Moreno, Nino Morales y, por supuesto, el más reciente fichaje del estudio: Emerson Delgado. Todos ellos con distintas funciones dependiendo de su nivel de experiencia—. La carta fianza y las fotos del Caribe son asuntos de los que se tendrán que ocupar los abogados de los demás acusados. ¿Alguna pregunta?

Los practicantes —a cuyo grupo pertenecía Joaquín hasta hace poco— niegan con la cabeza al unísono.

—Bien, a trabajar, entonces —y los despide.

Ocasionalmente, Joaquín toca la puerta del despacho del doctor Zapata para mostrarle partes de su argumentación y preguntarle si va por buen camino: el abogado siempre le responde con un pulgar arriba.

Además de sus continuas visitas a El Rincón del Chato, Joaquín Montero empieza a tomar otros nuevos hábitos: se queda en la oficina hasta pasada la medianoche. Las veces en las que se olvida por completo de la hora, su madre se encarga de recordársela: siempre lo espera con la luz de la cocina prendida y presta a calentarle un plato de comida.

101

—No tienes que hacerlo, mamá. Yo veo qué como.

—Nada de eso —le responde su madre, sin apartar la ceñuda mirada de la hornilla—. Con lo flaco que estás, no quiero que desaparezcas.

Una de esas noches, al llegar a casa, se percata de que su madre no es la única que está despierta, sentada a la mesa.

También está su padre.

—Flaco —lo saluda Felipe Montero, poniéndose de pie rápidamente—, ¿vienes de la oficina o de otro lado?

Joaquín le pasa un brazo por los hombros, al tiempo que repara en la actitud de su madre: a diferencia de cualquier otra noche, lo saluda sin mirarlo, escondiendo su rostro como avergonzada de algo.

—¿Qué estás haciendo por acá? —le pregunta Joaquín a su padre, sospechando que es el culpable.

—Nada, nada, quería preguntarle a tu mamá si tenía los documentos del carro porque yo no los encuentro por ningún lado. Me ha dicho que los va a buscar. —El hombre también evita mirar a Joaquín a la cara. Avanza en dirección a la salida—. Ya tengo que volar. Si tú ves algo, me avisas, pues.

102

—Sí, claro, papá.

—Bueno. Nos hablamos. Chau, flaco.

Y, sin más, se marcha.

—¿Qué quería? —pregunta Joaquín cuando el rugido del motor termina de perderse a lo lejos.

Su madre remueve la comida en la sartén con la concentración de un cirujano:

—Nada, hijo, ya sabes cómo es tu padre. Anda metido en mil cosas de las que después no sabe cómo salir.

—¿De qué se trata ahora?

—Quiere un favor, dice.

No es necesario que sea más específica:

—Quiere plata, ¿no? —Joaquín deja su saco en el respaldo de una silla y se acerca más a su madre—. ¿Cuánto quería? ¿Para qué?

—Dice que para un tema con unos amigos o de un negocio, ya ni sé, ya ves lo engatusador que es y no se le entiende nada.

Continuaron la conversación cuando el plato de comida ya humeaba sobre la mesa.

—¿Pero cuánto quería, mamá? —Joaquín hace la pregunta con desgano, simplemente por llenar el silencio que corresponde a las horas de sueño, las horas en la oficina han consumido toda la energía que le quedaba en el cuerpo.

103

—Creo que cinco mil o diez mil —la mujer vuelve a colocar la sartén, ahora limpia, sobre la horni-lla. Se sienta frente a su hijo y se abraza a sí misma para ahuyentar el frío—. Era un monto fuerte.

—Debe estar medio desesperado para venir a hablarte de eso a estas horas.

—Supongo, pero esa cantidad yo no la tengo.

—Pero algo le vas a prestar.

—No lo sé, no creo.

En el fondo, Joaquín sabe que su madre acabará cediendo: verá un modo de conseguir lo que pueda y se lo dará a su padre.

No sería la primera vez.

Antes, sobre todo con Diego, han discutido por eso: el menor de los Montero no soporta que su madre tenga que correr a apagar los incendios que el viejo provoca.

A Joaquín tampoco le hace mucha gracia, pero nunca se ha creído con la suficiente autoridad moral para reclamarle algo, lo que sea, a su madre.

104

Ella sospecha lo que está pensando y se levanta de la mesa, acerca sus labios a la frente de Joaquín y le da un beso.

—Ya olvídate de tu padre, estás cansado, come.

—Sí, gracias, mamá.

—A fin de cuentas, el viejo ese siempre se sale con la suya.

Joaquín prefiere creer que sí y dedicarse únicamente a dar cuenta del plato de comida que tiene frente a sí.

Su cuerpo pide cama. Su mente, descanso.

La Corte Suprema

Tres semanas más tarde, Joaquín Montero está de vuelta en Lima, listo para la primera audiencia del caso Vargas. Son las nueve en punto de la mañana cuando el joven abogado llega al pie de las escaleras que dan la bienvenida al Palacio de Justicia en Paseo de la República: le recuerda a las imágenes que ha visto del Olimpo griego.

Joaquín inicia el ascenso cuando el doctor Zapata lo detiene:

105

—El ingreso no es por ahí. Es por el costado, por la puerta principal solo entran los dioses, los supremos.

Algo decepcionado, Joaquín regresa al nivel de la calle y sigue a su maestro, que va camino de una entrada mucho menos teatral: más parecida a una discreta puerta de servicio que a la entrada a la Corte más importante del país.

El equipo en pleno acompaña a Joaquín y al doctor Zapata. Giuliana, Nino y, en especial, Emerson, avanzan por los pasillos del edificio sin

poder contener la emoción: hacen algún comentario ligero o sueltan una risita que rebota en los techos altísimos del lugar. Emerson va más allá: se toma selfis que luego subirá a sus redes sociales.

Aquello, sin embargo, no consigue distraer a Joaquín: la última semana se ha dedicado únicamente a practicar la exposición de sus alegatos de apertura. En más de una ocasión, su madre ha llamado a la puerta de su habitación para comprobar si todo estaba en orden.

—¿Con quién te andas peleando, hijo?

106

Es un aviso, pensó Joaquín en su momento, tengo que ir buscando un lugar propio.

Esa es otra de las razones que lo llevan a querer lucirse durante la audiencia: si todo sale como espera, recibirá un bono adicional por resultados, suficiente para empezar a ver algunos departamentos en alquiler.

Nada exagerado: un par de habitaciones, una cocina y un juego de llaves cuyo único poseedor sea él.

—Es por aquí —dice el doctor Zapata, señalando un pasillo junto a las escaleras.

Metros más allá, se ubica la entrada a la sala donde está programada la audiencia: Joaquín y compa-

ña encuentran un grupo de elegantes trajes listos para entrar junto con ellos.

—Son los abogados de los demás sentenciados, ¿verdad? —pregunta Joaquín.

El doctor Zapata asiente. En ese momento, uno de los abogados —alto, con lentes y patillas plateadas— se aproxima hacia ellos con una gran sonrisa excesivamente blanca en el rostro.

—Doctor Zapata, ¿cómo le va? —saluda el abogado.

—Doctor Nices, nos volvemos a encontrar — responde el veterano, devolviendo el apretón de manos.

107

—Así es, doctor. —Inmediatamente después, se centra en Joaquín—. Y usted debe ser el doctor Montero, ¿verdad? ¡Qué gusto!

Joaquín saluda y agradece el comentario. Mientras su jefe hace las presentaciones:

—Así es, Joaquín es nuestro nuevo alfil en el estudio. Joaquín, este es el doctor Osman Nices, un buen colega que trabaja en el estudio Figueroa, Hinostroza y Nices. Si mal no recuerdo, tiene a su cargo la defensa del presidente del comité seleccionador.

—Así es, doctor, pero ustedes tienen al «pez más gordo» —dice Nices y vuelve a mostrar su dentadura casi fosforescente.

Joaquín nunca ha sido dado a juzgar a la gente por anticipado, pero algo en su interior le dice que su sonrisa no es lo único falso que tiene Osman Nices. De modo que se limita a asentir y a sostener la sonrisa, un amable muro de contención para no seguir intimando.

Poco después, las puertas de la sala se abren y la docena de abogados congregados allí ingresan a ocupar sus lugares.

108

Como es costumbre, el relator encargado de verificar la presencia de todos pasa lista antes de iniciar, para que el presidente de la sala no reniegue por la ausencia de los sujetos procesales. Pronto se suma una multitud de asistentes, entre prensa, chismosos, enemigos políticos encubiertos, pero también las esposas e hijos de los sentenciados.

Manrique Vargas se acerca al asiento vacío que hay junto a Joaquín y le ofrece la mano:

—¿Cómo le va, doctor? Manrique Vargas para servirle.

—Mucho gusto, gobernador.

El sentenciado va bien acicalado, nadie podría creer que lleva ya varias semanas tras las rejas: como buen político de carrera, sabe que no puede descuidar su imagen. Ni siquiera ahora que ha sido sentenciado de un delito tan grave.

—¿Todo listo, doctor?

—Listo. Usted no se preocupe: tenemos una defensa sólida.

—Es lo que quería escuchar —responde Vargas y, finalmente, se sienta.

Es como estar a mitad de un teatro o la corte de un rey: la madera oscura y la moqueta de color rojo le otorgan una solemnidad imposible de encontrar en otra sala en el país.

¿Cómo rayos he llegado hasta aquí?, se pregunta una vez más Joaquín, recordando que hasta hace pocos meses no era más que un practicante que luchaba para que el dinero le alcance para algo más que un par de zapatos nuevos.

El doctor Zapata repara en el asombro de Joaquín y, desde el asiento que ocupa tras él, le da un breve toque con el hombro:

—Espera a que escuches cómo se oye tu voz aquí. Te vas a volver gigante —después gira hacia Emerson y le pide que de una vez por todas guarde ese maldito celular.

Joaquín se siente tranquilo: tener a su maestro en su «esquina» es un gran aliciente. Ni siquiera la prensa —que sabe se encontrará a la salida de la audiencia— le quita el enfoque. Revisa sus documentos y notas por última vez cuando uno de los magistrados empieza a hablarle al micrófono.

Entonces sabe que pronto le tocará tomar la palabra a él.

Una «bolsita» para los jueces

Horas más tarde, el equipo se encuentra almorzando en el restaurante Arturo —que tiene los platos necesarios para levantar los ánimos de los litigantes—. Celebran la que confían será una gran victoria. Esta vez es el mismo doctor Zapata quien lo ha dicho:

—La argumentación ha sido sólida. Quien sí está en problemas es el presidente del comité seleccionador —dice el abogado más viejo y curtido que hay en la mesa—. Cuando Nices dijo que su cliente se había encontrado casualmente con los empresarios ganadores en aquel viaje de vacaciones, todos los magistrados pusieron cara de ofendidos. ¿Te fijaste?

111

—Les pareció una cachetada a su inteligencia — responde Joaquín.

—Un escupitajo, más bien.

Los demás también tienen sus propios comentarios:

—La verdad, no creí que fuera a durar tanto — dice Giuliana, dejando a un lado su cuenco de sopa.

—A mí se me salió un aplauso después de que Joaquín terminó sus alegatos de cierre —dice Nino, ruborizado.

—Y bueno, doctor —dice Emerson, arrimando su silla a la que ocupa el doctor Zapata—. Ya que la victoria es un hecho, quizá sería bueno ir hablando del bono de resultados, ¿no le parece?

Nadie sabe si está hablando en serio. Mucho menos el aludido, quien mira al practicante entornando los ojos y frunciendo el ceño, como si le acabara de estornudar encima.

112

Justo cuando todo mundo espera que lo despida en ese preciso momento, el doctor Zapata estalla en una carcajada que nadie creer haberle oído nunca, que aleja la tensión y permite que la celebración continúe.

O eso es lo que Joaquín espera.

Se sirve un nuevo vaso de gaseosa cuando ingresa la llamada: es Bety Aguirre, la esposa del gobernador.

Joaquín se disculpa y va a contestar lejos de la mesa, junto a los baños del restaurante:

—Señora Aguirre, dígame.

—Doctor... Quisiera... hablar con usted.

A Joaquín Montero solo le basta oír aquella primera frase para saber que lo que sigue no le va a gustar.

Uno de los otros abogados —Nices, supone Joaquín— se había puesto en contacto con ella. Le dijo que «tenía llegada» con dos de los jueces y que estos, en representación de los cinco, le habían pedido una «bolsa» a cambio de la absolución de todos.

113

—Quince mil dólares por cada uno, doctor —dice la señora Aguirre, abatida como solo puede estarlo quien se encuentra entre la espada y la pared—. Dice que tenemos mañana hasta el mediodía.

Joaquín se toma un momento antes de contestar. Como todo buen abogado, los argumentos para rebatir la propuesta acuden a su mente raudos. Sin embargo, quiere llegar a la esposa de Vargas con toda la delicadeza posible.

—Señora Aguirre, déjeme preguntarle una cosa con todo respeto. Su esposo y los demás están aquí por una acusación de corrupción, ¿y ahora usted

me está diciendo que dicha acusación la vamos a solucionar cometiendo un acto de corrupción?

Aquello deja a Aguirre sin palabras: no encuentra mejor respuesta que su silencio.

Joaquín continúa:

—Dígame, señora, con toda sinceridad, ¿no cree que lo hemos hecho bien?

—Pues sí, doctor, de eso no hay duda. Es solo que usted sabe cómo suelen ser las cosas en nuestro país.

114

—Señora, disculpe, pero me parece que usted se está confundiendo: su esposo está siendo juzgado en la Corte Suprema. Ese que usted ha visto hoy no es un juzgado cualquiera: todos ellos son jueces supremos titulares. Además, ¿qué tal si le están tomando el pelo? ¿Cómo sabe usted que no le están tendiendo una trampa para perjudicar a su esposo?

—Pues... la verdad, no estoy segura. El abogado dijo que...

—Lo único que debe preocuparle a usted es lo que dice el abogado de su esposo, es decir, yo —si bien es cierto que ya no suena tan delicado como al inicio de la conversación, lo que ahora preocupa a Joaquín es sonar firme: lo último que necesita aho-

ra es que una jugarreta como aquella eche a perder su gran desempeño. Continúa—: Usted nos buscó por nuestros buenos resultados, ¿verdad? Si es así, ¿de qué sirve entonces ser tan buenos si al final el veredicto se va a arreglar por lo bajo? ¿No le parece a usted el colmo? Confíe usted en nuestro trabajo, señora Aguirre, y ya no vuelva a prestar oídos a esa clase de propuestas.

«¡Confíe en mí, confíe en el derecho!».

Casi le ha parecido escuchar a su madre en su voz: acaba de resonar a un cliente por primera vez.

115

No acaba de gustarle, pero Joaquín siente que ha sido necesario.

—Tiene razón, doctor —dice al fin la mujer—. No se preocupe, mi esposo y yo confiamos en usted.

—Muchas gracias, señora. Estamos en contacto para la lectura de la decisión que estamos seguros será favorable.

Joaquín cuelga y aprovecha para meterse al baño. Dentro se encuentra con el doctor Zapata, que se ha deslizado tras él mientras hablaba por teléfono y que ahora se está lavando las manos.

—¿Quién era? —pregunta.

—Pues adivine qué, doctor —le dice Joaquín, para luego contarle la conversación que ha mantenido con Bety Aguirre.

—Pues muy bien contestado —el doctor Zapata le da un par de palmadas en la espalda después de secarse las manos—. Y sí, lo más seguro es que sea Nices intentando ganarse unas sucias monedas con tu trabajo. Lamentablemente, es ese tipo de abogado. En fin, volvamos a la mesa, sino ese gordo de Emerson se va a terminar la ronda de wantanes él solo.

Joaquín le cede el paso a su maestro para que este salga del baño primero.

Cuando ambos llegan a la mesa, ninguno está pensando ya en aquella desagradable llamada telefónica.

Desayuno en el Sheraton

Los únicos que se han quedado en Lima para escuchar la resolución del juzgado son Joaquín y el doctor Zapata: los demás ya han vuelto a Huaraz para ocuparse del trabajo pendiente.

El día de la lectura, Joaquín y su maestro desayunan frente a la Corte Suprema, en el Sheraton. Este hotel limeño es de los más elegantes y a donde concurren los abogados que tienen un tiempo libre antes de cruzar a pelear como leones en las salas del Poder Judicial. Cuando el mesero les deja la carta, Joaquín hace un esfuerzo por que no se le note el espanto que le generan los precios.

117

—Tú tranquilo —le dice el doctor Zapata, para quien no ha pasado desapercibido el breve sobresalto de Joaquín—. Esto también corre por mi cuenta.

—Gracias, doctor.

—De nada, hijo. Y te aconsejo que mejor te vayas acostumbrando a este tipo de lugares y este tipo de precios.

—¿Por qué lo dice, doctor? ¿Vamos a volver seguido?

—Yo no, pero tú sí —le responde y le dedica una sonrisa que expresa cariño y a la vez admiración.

Joaquín desearía poder responderle con una de vuelta, pero la duda se impone sobre su deseo de corresponderle.

—Creo que no le entiendo, doctor.

—Ahora te lo explico. No te preocupes, pero primero hagamos el pedido, no falta mucho para que la Corte abra sus puertas.

118

Joaquín ordena un desayuno continental, mientras que el doctor Zapata se conforma con una butifarra y una taza de café bien cargado. A su alrededor, las personas comen y ríen como si fuera un domingo por la mañana y no un día de semana.

Una vez que tiene la mesa servida, el doctor Zapata vuelve a tomar la palabra:

—¿Te acuerdas de Osman Nices?

—Claro, es el abogado del presidente del comité.

—El mismo. Me llamó ayer por la noche. ¿Tienes idea del porqué de su llamada? Te adelanto que

no tiene que ver con lo que te contó la esposa de Vargas.

Joaquín espera en silencio a que sea el doctor quien le diga la respuesta. Si no es sobre la bolsa de dinero para los jueces, no se le ocurre ninguna otra razón para la llamada de Nices.

—Quería hablar sobre ti —continúa Zapata y aquella sonrisa paternal vuelve a aparecer en su rostro.

—Creo que todavía no comprendo del todo — responde Joaquín, aunque una idea ha empezado a formarse en su cabeza.

119

—Admito que me alegra que haya tenido la decencia de hablarme primero a mí y no haberse dirigido directamente a ti, como podría haber esperado. Le concedo ese punto a Nices. Sin embargo, no creo que tarde mucho en saltarse mi autoridad como tu jefe. Está realmente interesado en contratarte.

Aunque ya había intuido cuál era la intención de Nices, Joaquín no sabe cómo tomarse la noticia: es de las últimas cosas que se le hubiera ocurrido que iba a tratar aquella mañana con el doctor Zapata.

Se lleva la taza de café a la boca, intentando ganar tiempo para dar una respuesta.

—Ya veo —es todo lo que atina a decir al cabo de un momento.

—Bueno, ya te había dicho que algo así pasaría pronto. Y de seguro que Nices te tendrá una oferta mucho mejor de lo que te imaginas: te ha oído en la sala y está muy impresionado. En eso coincido con él: los dos sabemos que tienes un gran futuro por delante. Lo segundo en lo que coincidimos es que ninguno de los dos quisiera que ese talento tuyo se quede relegado a provincia.

No son los primeros halagos que recibe Joaquín desde su desempeño en la audiencia anterior: un día antes, algunas horas atrás de la llamada de Nices, Joaquín recibió otra por parte de *LP*, una revista jurídica digital que había seguido de cerca el caso de Vargas y cuyo editor había quedado gratamente sorprendido por los alegatos de Joaquín.

120

Querían saber si no tendría problema en facilitarles sus escritos para armar un artículo sobre la base de dichos documentos.

Joaquín, por supuesto, había accedido.

Pero por encima de los elogios que ahora estaba recibiendo por parte de Osman Nices, en boca del doctor Zapata, hay otras cuestiones que el joven abogado piensa deben tomarse en cuenta.

—Supongo que sí —responde después de acordarse de ellas—, pero tampoco es que no haya buenos casos allá en Huaraz o en las demás ciudades de Áncash. Solo basta ver a dónde nos trajo el de Vargas.

—Claro, tienes razón, pero no son más que tiburones. Aquí en la capital es donde realmente están las ballenas.

Es el turno del doctor Zapata de tomarse un largo trago de café.

El mesero se acerca a preguntar si desean ordenar algo más y ambos niegan con la cabeza.

121

—Bueno, quizá la oferta sea buena —dice Joaquín—, pero, después de conocer sus métodos de trabajo, de seguro que no es el tipo de abogado con el que me gustaría seguir haciendo carrera.

—Eso mismo pensé yo —responde el abogado, visiblemente complacido—. Además, tú estás para cosas aún más grandes, y no estoy hablando únicamente de dinero. Eso llegará, no te apresures a ir tras él. Lo que importa es seguir forjándote a fuego en un buen lugar, con las personas correctas. ¿Sabes dónde me gustaría verte?

—¿Dónde?

—¿Conoces el estudio Phillipe & Aragaki?

Joaquín deja escapar una risa:

—Doctor, no existe abogado en el Perú que no conozca ese estudio.

—Así es, siempre lleva adelante el tipo de casos que tienen en vilo al país. Es como cuando juega la Selección: todo el mundo está pendiente de él. Aragaki forma parte de una categoría distinta de letrado: es abogado de presidentes, de mandatarios. Harina de otro costal.

122

—Seguro que sí, doctor, y es por eso que no creo que sea tan sencillo entrar a trabajar con él.

—Bueno, déjame preguntarte una cosa. —El doctor Zapata se termina su café y se pasa una servilleta por los labios—. ¿Hubieras creído posible, seis meses atrás, que hoy por hoy estarías litigando en la Sala Penal Nacional o en la Corte Suprema?

Joaquín se ve expuesto:

—No lo creo.

—Entonces, ¿por qué piensas que no es posible que puedas entrar a trabajar ahí? —Y dirigiéndose al mesero—: Joven, la cuenta, por favor. —El doctor Zapata se saca un par de billetes del bolsillo de

la camisa y los deja sobre la mesa—. Además, me he enterado de que dentro de tres meses aproximadamente van a empezar a reclutar.

El mesero toma los billetes y los mete dentro de un cartapacio más pequeño que las cartas. Promete volver pronto con el vuelto, pero el doctor Zapata le hace un gesto negativo con la mano.

La imaginación de Joaquín ha echado a andar: se ve a sí mismo ingresando a una gran oficina con vistas que dominan la ciudad de Lima y estrechando la mano de César Aragaki.

Parece más un sueño que una realidad, piensa.

123

—Una vez más, doctor, le agradezco la confianza, pero quizá no sea el momento. Hay mucho trabajo en el estudio ahora y no quisiera tener que dejarlo con todo eso.

—Es muy generoso de tu parte, muchacho, pero te voy a ser absolutamente franco: no te haría algo como eso.

—¿Hacerme qué, doctor?

—Encadenarte allá y esperar a que el tiempo corra. —Zapata se pone de pie, se acomoda el saco y se quita alguna migaja que haya ido a parar en su corbata—. Alguna vez yo tuve esa misma oportu-

nidad y no la aproveché como tendría que haberlo hecho. Me sentía cómodo, como quizá te sientas tú ahora con los casos que te tocan en Huaraz. Pero te diré qué es lo terrible: nunca sabré hasta dónde pude haber llegado, y esa es una pregunta que sigue ganando peso con los años, ¿comprendes? Hay muchas cosas que te puedo enseñar, pero quedarte en tu zona de comodidad no quiero que sea una de ellas. Así que prepárate, porque quizá esta sea la última lectura de sentencia que tengamos que oír juntos. Vamos.

Malas noticias

Esta vez la sala está menos concurrida: sin los practicantes de los distintos estudios y la ausencia de algunos familiares de los sentenciados, poco menos de la mitad de los asientos ha quedado libre.

Joaquín y el doctor Zapata ocupan los mismos lugares que hace dos días. El joven abogado tiene planeado volver por la noche a Huaraz. Ha llegado hasta sus oídos que Chris y Emerson están preparando una pequeña celebración a su regreso. El doctor Zapata, lejos de impedirlo, les ha autorizado sacar algo de dinero de la caja chica.

125

A pesar del cielo encapotado de la capital, para Joaquín Montero es un día luminoso.

—Buenos días, doctor.

La voz de Bety Aguirre le llega desde la fila de atrás.

Joaquín voltea y le estrecha la mano:

—Buenos días, señora.

—Buen día, doctor Zapata —agrega ella y, dirigiéndose al otro abogado—: ¿Cómo están los dos?

—Muy tranquilos y confiados, señora —responde Zapata—, y espero que usted también lo esté.

—Claro, sí.

Intercambian un par de comentarios más sobre el caso y sobre el sentenciado: la esposa les cuenta que el gobernador regional ya no puede esperar más para volver a su ciudad. También a él lo está esperando una fiesta, solo que la suya será en el gobierno regional, con una gran orquesta y la gente de su partido político.

—Espero nos puedan acompañar, doctores.

126

Ambos abogados le aseguran que allí estarán.

La mujer les agradece una vez más por todo y vuelve a estar en silencio.

Algunos sitios más allá se encuentra Osman Nices. Dirige un saludo hacia donde están ellos, que no tarda en ser correspondido.

Cinco minutos después, los jueces ingresan a la sala: la concurrencia se pone de pie.

La secretaria inicia entonces con la lectura de la sentencia.

Una punzada de mal augurio toca a Joaquín por la espalda, pero trata de ignorarla.

Otros quince minutos después, cuando la lectura que realiza la secretaria casi se ha convertido en un ruido de fondo al que nadie parece prestarle la debida atención, llega la parte importante.

El veredicto:

—Por todo lo antes expuesto —termina diciendo la secretaria—, el presente juzgado ha decidido absolver a todos los imputados del delito de colusión en perjuicio del Estado. —Un murmullo de excitación se eleva por encima de la concurrencia: Joaquín y el doctor Zapata se estrechan la mano por debajo de la mesa—. Asimismo, ha decidido absolver del delito de negociación incompatible a los imputados...

127

Joaquín va contando los nombres que menciona la secretaria del juzgado: uno, dos, tres. Pero falta uno.

El de su defendido.

Cruza una mirada con el doctor Zapata en el momento en que sus peores miedos se ven confirmados:

—Por otro lado, resuelve condenar a siete años de pena privativa de la libertad al imputado Manrique Vargas Guerrero por el delito de negociación incompatible en perjuicio del Estado.

A Joaquín le gustaría pedirle que se detenga, que le permita revisar dicha sentencia, pues está seguro de que hay un problema con ella. Pero la secretaria continúa leyendo hasta dar por terminada la audiencia.

En un parpadeo todo ha terminado. El resto de abogados se levantan a felicitar a sus clientes, mientras que Manrique Vargas los mira consternado.

Una furia sorda se apodera de Joaquín, quien no puede aceptar el hecho de ser presa de una jugarrera como aquella. Observa con furia a los jueces, quienes también han emprendido la retirada.

Se largan a contar su dinero, piensa el joven abogado y se levanta de su asiento como si este tuviera un resorte:

—Discúlpeme, su seño...

128

La mano del doctor Zapata lo toma con fuerza del antebrazo, impidiéndole erguirse por completo. De hecho, lo devuelve a su asiento de un tirón.

—No es ni la forma ni el momento, muchacho.

—Pero, doctor, usted sabe que...

Una figura pasa por delante de él y Joaquín enmudece: Bety Aguirre, anegada en lágrimas, le dirige una de las miradas más terribles y elocuentes que ha recibido en su vida: siente que es él quien ha enviado a prisión a Vargas.

Voltea a ver al doctor Zapata en busca de respuestas, su maestro finalmente retira la mano de su antebrazo.

—Ve a hablar con ella.

Joaquín se levanta, mucho más lento que durante su primer intento y camina en pos de la mujer: le dirá que van a interponer un hábeas corpus y, de ser necesario, conseguir pruebas de las coimas que les habrían pagado a los jueces para así poder denunciarlos.

Le va a asegurar que aquello no se va a quedar así, que no va a permitir tal injusticia y que agotará hasta la última instancia competente con el fin de...

Pero ninguno de todos aquellos planes y promesas llega a oídos de Bety Aguirre, quien se marcha cuando Joaquín aún está a un par de metros de ella.

Joaquín se queda varado en medio de la sala: su cabeza se ha convertido en un cúmulo de sensaciones indeseables, incómodas y de pensamientos oscuros. Viene a su mente las palabras: «Nosotros confiamos en usted».

129

Se gira para retornar junto al doctor Zapata, pero todavía hay una escena adicional que el destino ha preparado para él: el momento en el que Manrique Vargas es tomado por ambos brazos por los miembros del INPE con el fin de devolverlo al penal en el que, al parecer, pasará una muy larga temporada.

Cuando abandonan el Palacio de Justicia, Joaquín no necesita que nadie lo convenza de que aquel es quizá el peor día de su vida. Lo que ignora es que aún no ha terminado.

Siente la cabeza tan cargada que por poco no contesta la llamada.

Y pronto se lamenta de haberlo hecho.

—¿Hola?

—Flaco, soy yo.

—Papá, hola. ¿Sabes?, ahora mismo no es un buen...

—Tranquilo, te lo digo rápido: me quieren meter preso.

Joaquín trastabilla a dos escalones de llegar a la vereda, el doctor Zapata le extiende una mano para que no caiga y termine desparramado en el suelo.

130

—¿Qué dices?

—El fiscal me está acusando y está pidiendo doce años. Ojalá... me puedas ayudar.

Ahora sí ya no le queda duda alguna a Joaquín Montero: aquella mañana no debió salir de la cama.

La acusación fiscal

Joaquín Montero aprovecha sus últimos minutos que le quedan en la habitación del hotel donde se hospeda para revisar la acusación fiscal que su padre le ha hecho llegar a su teléfono. Los dos delitos de los que se le acusa son bastante graves: daños a la propiedad privada y robo agravado.

—¿Cómo carajo has terminado siendo acusado de eso? —le espetó a su padre cuando este se lo comentó durante la llamada.

131

Felipe Montero pasó por alto el hecho de que su hijo le hablaba de esa forma por primera vez en su vida y se dedicó a hacer un resumen de lo sucedido.

Los hechos habían tenido lugar cinco meses atrás, tiempo durante el cual su padre había mantenido la boca cerrada, sin comunicarle absolutamente nada a ningún miembro de su resquebrajada familia.

Un día, mientras su padre se encontraba almorzando con un par de amigos, había recibido una

llamada de su hermano, Eduardo Montero, un tío que Joaquín no recordaba haber visto más de tres ocasiones en total. Eduardo necesitaba ayuda para evitar un abuso que estaban cometiendo contra Eliza Montero, la hermana de ambos, y Viviana Suárez Montero, la hija de Eliza y su sobrina.

—El novio y su familia las están botando de su casa —le había dicho Eduardo, con la indignación vibrando en cada sílaba—: las están sacando como perros, a patadas. Tenemos que hacer algo.

No hubo necesidad de darle mayor explicación a Felipe: dejó a un lado su plato de comida y su cuarto vaso de cerveza y se levantó para acudir al llamado de su hermano.

132

No era la primera vez que iba en defensa de algún familiar o amigo. Quizá no había sido el mejor padre o el mejor esposo, pero si algo lo hacía especial, era su capacidad para propinar y recibir golpes. En su juventud, había sido uno de los mejores boxeadores de la liga de Áncash, pero la misma desidia que después le costaría su familia, se había llevado por delante aquella prometedora carrera.

Aun así, Felipe Montero nunca había perdido el toque. Joaquín todavía recordaba aquella vez en la que, durante una mañana deportiva de confrater-

nidad, había visto a su padre partirles la boca a tres miembros del equipo contrario sin ayuda de nadie.

Y era justo para eso para lo que sus hermanos lo necesitaban.

—¿A cuántas personas golpeaste? —preguntó Joaquín: ya no le interesaba si el doctor Zapata lo escuchaba o no.

—A cuatro: el novio de Vivianita, el papá del novio, el hermano del papá y un amigo del novio que se me tiró por la espalda. Cobarde de mierda.

—Ya, y ahora dime, ¿cómo es eso de...?

133

—Ah, no, había uno más.

—¿Quién?

—El primo del novio, el que estaba filmando todo desde el segundo piso.

—¿A ese fue al que le quitaste la cámara que han reportado como robada?

—A ese mismo, sí.

Fue entonces cuando Joaquín le prometió que lo vería al día siguiente. También le pidió que le enviara la acusación completa y sus anexos lo más

pronto posible con el fin de analizar los fundamentos de la fiscalía y poder responder a la brevedad. El plazo máximo para hacerlo es de diez días, de otro modo, Felipe Montero perdería la última oportunidad de poder defenderse.

—¿Cuándo fue que la recibiste? —le preguntó Joaquín siguiendo al doctor Zapata al interior del taxi.

—Hace cinco días —respondió Felipe.

Fue la segunda vez que Joaquín le soltó un carajo a su padre.

Los principios no se negocian

La primera idea que había tenido Felipe Montero había sido la de solucionar el asunto por el único camino que le resultaba confiable: el soborno.

Está relatándole a su hijo acerca del periplo que había sido intentar conseguir el dinero que un contacto del fiscal le había pedido, cuando a la mente de Joaquín acude una imagen relativamente reciente: aquella noche en la que, al llegar de la oficina, lo había encontrado en la cocina de la casa de su madre en actitud sospechosa.

135

—Fuiste a pedirle el dinero a mamá, ya lo recuerdo —le dice la segunda vez que hablan, a poco de llegar a su habitación del hotel. Durante el trayecto en taxi, el doctor Zapata se había enterado a grandes rasgos de lo ocurrido e intentaba calmarlo—. Necesitabas algo de diez mil, ¿verdad?

—En realidad, necesitaba veinte y no en soles.

—¿Te pidió veinte mil dólares? —exclama Joaquín, cansado de sentirse tan indignado.

—Así es, solo alcancé a conseguir algunos miles de soles y esperaba que tu madre me pudiera completar con algo.

Joaquín se restriega la cara con impotencia.

—¿Y te dio lo que le pediste?

—Solo dos mil. No quiso prestarme más.

—Pues hizo bien —responde Joaquín, sin la convicción a la que está acostumbrado.

Quisiera culpar a su padre y reclamarle por haber intentado el camino de la corrupción. Sin embargo, con lo que acaba de vivir con el caso Vargas, no siente tener la autoridad moral para hacerlo.

136

Si no hubiera convencido a Bety Aguirre de ignorar el trato que le estaban ofreciendo por debajo de la mesa, su esposo ahora estaría libre, igual que el resto de acusados que, sin lugar a dudas, sí habían contribuido con aquella famosa bolsa de dinero.

Joaquín va a pasar el resto del día sentado a la mesa de un café, aún faltan algunas horas para abordar el bus hacia Huaraz. El doctor Zapata tiene sus propios quehaceres: visitar a un amigo y darse una vuelta por sus librerías favoritas. Invitó a Joaquín a

acompañarlo, pero este se disculpó hablándole de aquella acusación que debía responder.

Mejor así, piensa ahora. Ya es bastante vergonzoso cargar con el fiasco de la sentencia contra el gobernador regional como para soportar que su maestro le tenga lástima por un asunto personal.

—Al menos déjame llevarme tu maleta —le propuso Zapata—. Pasaré por la agencia y la dejaré encargada allí hasta que sea la hora del viaje.

Joaquín accede y vuelve a agradecerle por todo. Su maestro se despide de él con un par de palmadas en el hombro.

137

Emerson lo ha llamado y le ha dejado un par de mensajes, lo mismo Chris. Pero a ninguno de los dos ha contestado, no tiene intención de hablar de la fiesta de bienvenida —que ya es historia— ni mucho menos de contar sobre el resultado obtenido.

Hay cosas mucho más importantes ahora.

Joaquín tiene que concentrarse en el documento que hay en la pantalla de su teléfono.

Pero es inútil.

Las frases se entreveran unas con otras, pierde el hilo del texto constantemente y, por primera vez en mucho tiempo, los términos jurídicos no tienen ningún significado para él.

No pasa mucho hasta que se convence de que es inútil. Guarda el teléfono de vuelta en el bolsillo, deja su café a medio terminar y sale del lugar.

Echa a andar por unas calles que no conoce, sin un rumbo fijo, únicamente con la consigna de despejar su mente y no pensar durante, al menos, cinco minutos.

138

Le es difícil pensar en lo bien que empezó el día y lo mal que está terminando: siente que ha defraudado a todo el mundo.

En especial, a él mismo.

Afortunadamente, el doctor Zapata ha dormido durante la mayor parte del viaje y Joaquín no ha tenido que compartir el insomnio con él: se la ha pasado viendo las luces de la capital ir disminuyendo junto a su ventana a medida que la dejaba atrás.

Al llegar a la agencia de viajes en Huaraz, ambos van por su maleta. Joaquín le pide un minuto antes de que el doctor se vaya.

—Quería decirle que... siento mucho lo que pasó con Vargas. Supongo que a veces hacer un buen trabajo no es suficiente.

Zapata, con los ojos hinchados y algo despeinado, asiente:

—Pues, como ya te dije antes, a veces se pierde y otras se gana. Recuerda tu caso anterior, el de Villanela: aquí también se puede hacer algo. ¿Quién te dice que no puedes ganar en esta próxima oportunidad?

—Esa es la cuestión, doctor, no creo que me vaya a hacer cargo del caso para el hábeas corpus.

139

Las cejas del doctor se elevan hasta la mitad de su frente. Joaquín se apresura a explicarse:

—Es por el caso de mi papá, doctor. Voy a ocuparme de él a tiempo completo durante el próximo mes. Como usted sabe, afronta una acusación que podría llevarlo doce años preso y, por lo que he alcanzado a revisar de la acusación fiscal, lleva todas las de perder. Con toda sinceridad, doctor, me sería imposible concentrarme en los demás casos que hay en el estudio si tengo el futuro de mi padre entre manos.

—Ya veo. —El doctor Zapata también ha tenido un viaje largo. Joaquín sabe que, aunque no lo demuestre, lo de Vargas lo ha dejado muy bajo de ánimos. A pesar de eso, guarda la compostura—. Lo entiendo. Vuelve cuando te sientas listo.

Se despiden, finalmente, con un apretón de manos.

El doctor Zapata se pierde entre los demás pasajeros que van de salida, cada cual con su maleta y los cabellos despeinados.

140

Vuelve a casa, donde su madre lo espera con los brazos abiertos y la aflicción a flor de piel:

—Ese viejo me quiere matar de una cólera. ¿Qué tiene en la cabeza para meterse en esos problemas? Ahora sí está contento, al fin consiguió acabar peor que nunca.

Hace algo más de diez años que la relación sentimental entre ambos se ha terminado. Ella, sin embargo, aún siente cariño y se preocupa por el viejo, aunque le cueste aceptarlo.

Joaquín se dedica a consolar a su madre durante los siguientes minutos. Diego los mira desde su lugar en la mesa de la cocina, mientras sigue engu-

llendo sus panes con queso, da la impresión de que todo lo que ocurre ahora le da un poco lo mismo.

—Tranquila, mamá, tranquila —le dice Joaquín, acariciando su cabeza—, todavía no todo está perdido.

—¿Tú lo vas a ayudar, hijito? Tú eres un buen abogado, tú lo puedes salvar.

Joaquín no tiene el corazón para contradecir a su madre: intenta ignorar el fantasma de la condena a Vargas y le dice que sí, que él se va a encargar de su padre.

—Gracias, hijito, muchas gracias. Ahora está en la agencia de *tours*. Anda a verlo, te está esperando.

141

—Está bien, allá voy.

—Pero primero siéntate, tómate algo, cómete un pancito con tu hermano.

Diego le extiende la panera y el cuchillo. Continúa en silencio, debe ser su forma de lidiar con la situación, piensa su hermano mayor.

El desayuno no le toma a Joaquín más de diez minutos. Le toma otros cinco imprimir la acusación para llevarla consigo y revisarla con su padre. No se da un baño, ni siquiera se cambia de camisa:

no hay tiempo que perder, ya transcurrieron cinco días.

Encuentra a su padre sentado en el volante de su miniván blanca: está fumando un cigarrillo y apenas si reacciona cuando ve llegar a su hijo.

—Papá, necesitamos hablar.

—Sí —responde Felipe—. Sube.

Joaquín rodea el vehículo y se monta en el asiento del copiloto. Se apresura a alcanzarle las hojas impresas con las marcas que ha hecho mientras iba en el taxi.

142

—Primero quería que me explicaras exactamente a qué se refiere el fiscal cuando dice que...

Felipe le responde con una bocanada de humo que exhala despreocupadamente de su boca.

—Necesito que me escuches tú a mí primero, flaco.

Algo en el tono que utiliza hace que Joaquín se ponga en guardia: sospecha que lo que su padre tiene para decirle no le va a gustar.

Y está en lo cierto.

—Te agradezco que hayas respondido tan rápido y que me quieras ayudar, pero ese no es el camino. No lo es, flaco.

—Papá, no me vas a decir que estás pensando en...

—Ya lo redujeron a quince mil dólares. He hablado con tu tío Eduardo, que tiene un amigo que me puede prestar la mitad. Me va a dejar a un buen interés y le puedo ir pagando por partes.

—Escucha, papá, yo te quiero ayudar, pero...

—Pues si realmente me quieres ayudar, flaco, ayúdame a conseguir unos cinco mil dólares. — Felipe Montero lo mira directo a los ojos: más que un pedido de ayuda, es una confrontación—. Tú tienes amigos, gente de plata, puedes hacerlo. Yo sé que puedes.

143

Joaquín abre la boca para responder, pero no encuentra las palabras correctas para negarse.

Hubo una época —muy lejana— en la que su padre jamás le hubiera propuesto algo así. A Joaquín no le quedan demasiados recuerdos de ella, salvo por uno que lo involucra precisamente a él.

Tenía once años y estaba terminando el sexto grado de primaria. Sabía que sus notas no habían

sido las mejores, pero Joaquín no se imaginaba la bomba que iba a dejar caer su maestra cuando le pidió que trajera a sus padres, pues necesitaba hablar con ellos.

—Señores, Joaquín va a repetir el año.

Su madre se puso a llorar en silencio, mientras su padre, con el ceño profundamente fruncido entre las cejas sin canas, le sostenía la mirada a la maestra.

La mujer continuó:

—Es una pena, pues se nota que Joaquín es un muchacho inteligente. En lugar de aprovechar eso para el estudio, lo hace para hacer bromas y escaparse de clase.

144

—¿Escaparse...? —era como si la madre de Joaquín estuviera escuchando una blasfemia contra Dios.

—Así es —continuó la profesora—. Lamentablemente, a estas alturas no hay mucho que se pueda hacer: no va a salvar el año aunque se saque puros veintes.

Para ese momento, el sudor chorreaba por el rostro y el cuello de Joaquín a mares. No había que ser un genio ni sacarse veintes para saber lo que le esperaba cuando la familia volviera a casa.

—Si no hay nada que se pueda hacer, ¿entonces para qué quería hablar con nosotros? —le espetó Felipe a la maestra, sin abandonar jamás la rigidez de su postura militar.

—Bueno, —empezó la maestra, rebajando el tono de su voz y paseando la mirada por los pocos papeles que tenía en su escritorio— es cierto que no hay nada que Joaquín pueda hacer para solucionar el asunto, pero quizá sí podamos llegar a un arreglo con ustedes, señor y señora.

—¿Arreglo con...? —la madre de Joaquín sentía que cada vez entendía menos.

—¿Qué clase de arreglo? —dijo el padre. La pregunta se escuchó potente, como un ladrido.

La maestra intentó sonreír al tiempo que ponía unas tarjetas de color rosado frente a los padres:

—Vea, nosotros tenemos la chocolatada de maestros en unas tres semanitas. Si gusta, puede comprar unas diez o quince tarjetitas. Yo creo que con eso podemos quedar bien. O, si gusta, me pueden alcanzar unos cuatro o cinco cuyes para poder prepararlos ese día. Cualquiera de las dos opciones podría ser. Eso sí, si se deciden por los cuyes, lo más importante sería ver...

Pero Felipe Montero no la dejó terminar: se puso de pie tan bruscamente que por poco la silla termina volcada.

—Escúcheme bien, señora: si mi hijo tiene que repetir el año, entonces va a repetir, pero lo que yo no voy a hacer es estar regalando cuyes y plata como si esto fuera un matrimonio.

Y se fue sin esperar respuesta: tomó a Joaquín del brazo y se lo llevó a rastras hasta su casa.

A Joaquín no le queda claro cuándo fue exactamente que su padre dejó de lado los principios que aquella tarde quiso inculcarle a golpes, pero supone que pudo haber sido poco después, cuando se dio cuenta de que su hijo iba a perder un año completo de su vida porque él no quiso conseguir un par de cuyes.

146

Pero ahora hay algo mucho más importante en juego: no se trata de un año escolar, sino de doce años a la sombra.

Para Joaquín es como volver a estar hablando con Bety Aguirre y tener la oportunidad de hacer las cosas de otra forma.

—Está bien, papá —responde finalmente—. Veré qué hacer, de dónde conseguir.

—Gracias, flaco. Gracias.

Después de una eternidad, Joaquín vuelve a sentir un abrazo de su padre.

Es la mañana siguiente. Joaquín Montero camina por aquel barrio de enormes casas amuralladas. Cada pocos metros se encuentra con un vigilante que lo mira con desconfianza. No cree haber pasado por ahí nunca antes en su vida. Es más, es la primera vez que oye sobre aquella urbanización tan elegante y segura.

El día de ayer se ha comprado una camisa nueva y un pantalón color arena: quería lucir elegante, pero menos formal. Intenta que aquella sea una visita entre amigos.

147

Porque solo un buen amigo accedería a prestarme la cantidad de dinero que necesito, piensa.

La noche anterior ha sido una batalla constante entre obedecer a sus principios y aceptar la realidad de las cosas. Quiere hacer las cosas bien, pero está más convencido que nunca de que las buenas intenciones no son suficientes.

Aunque su padre no ha vuelto a pasar por la casa de su madre, la tensión allí casi puede cortarse con

la hoja de un cuchillo. Una imagen le ha impedido volver a dormir también la noche anterior: la de su madre, sentada en los lugares destinados a los familiares de los acusados, escuchando la sentencia con su padre.

Doce años.

Felipe Montero no es precisamente un jovencito. Si los cálculos de Joaquín son correctos, la próxima vez que llegue el dieciocho de enero, su padre debería estar apagando sesenta y tres velas.

148

Por lo que ha visto y oído, la prisión les pesa mucho más a los hombres de la tercera edad. Y aunque los puños de su padre aún tengan fuerza para defenderlo de cualquier ataque, no podría confiarles su seguridad completa.

El solo pensar en que su madre tendría que ser registrada por policías cada domingo para entrar a verlo, dota a los pasos de Joaquín de una mayor determinación.

Hará lo que tiene que hacer por encima de cualquier reparo.

Pronto llega a la dirección indicada. Le parece que es una de las casas más grandes que ha visto en medio de ese barrio de casas grandes.

Se planta frente a la puerta, se ajusta el cuello de la camisa, toca el timbre y espera. Por el intercomunicador, una mujer le avisa que enseguida saldrá a abrirle. Pasan algo menos de diez segundos hasta que finalmente una muy sonriente Olga Merino sale a recibirlo.

—¡Doctor, qué alegría verlo! —le dice la esposa de Marco Villanela, para después abrazarlo.

El siguiente abrazo que Joaquín recibe es del propio Villanela: el hombretón que en algún momento le inspirase tanto miedo actúa ahora como si fuera un amigo de la infancia.

149

Cuando por fin lo suelta, le invita a tomar asiento y le ofrece algo de beber. Joaquín acepta:

—Agua estaría bien, gracias.

Joaquín pasea la mirada por la sala: está algo cargada de adornos y cuadros, pero no por ello menos elegante. Cuadros con paisajes al óleo, grandes fotos familiares y, aquí y allá, salpicadas en la estancia, figuras doradas de la Virgen de Guadalupe.

Aquello le sirve a Joaquín para lanzar su primer comentario:

—Es una casa muy bonita la suya, señor Villanella. Felicidades.

—Muchas gracias, doctor —responde el aludido, ocupando el sillón que hay frente a Joaquín—. Y me parece más bonita todavía después de haber pasado una temporada lejos de ella. Le aseguro.

—Me imagino.

—Y todo gracias a usted, doctor, eso nunca lo voy a olvidar.

Aquello suena como música a oídos de Joaquín, quien cuenta con el agradecimiento de Villanella para poder pedirle lo que necesita.

150

El hombre continúa:

—Por eso he mandado a que me preparen un cabrito para almorzar. No me vaya a desairar, doctor, he elegido al mejor ejemplar pensando en su visita. Me alegro mucho de que se haya dado una vuelta por acá.

—Sí, yo también, siempre es bueno visitar... a la gente que uno más aprecia.

—Muchísimas gracias, doctor. Pero venga, vamos allá atrás, a tomarnos algo mientras queda el cabrito. Vamos.

Joaquín abandona la sala para pasar a un jardín trasero el doble de grande que su propia casa.

La piscina es mejor que la de cualquier hotel que Joaquín haya visto antes. El día es soleado y las hijas de Marco Villanela chapotean en ella al tiempo que ríen y juegan con los flotadores: el tipo de imagen que todo padre anhela ver en el jardín trasero de su casa.

—Sírvase, doctor, por favor —dice Villanela, alcanzándole un vaso de cerveza helada—. Salud, doctor.

151

Después de chocar sus vasos, Joaquín le da un pequeño sorbo a la cerveza. Le resulta tan refrescante que el siguiente es mucho más grande.

—Está buena, ¿no? —le dice Villanela, ofreciéndole una sonrisa satisfecha.

—Muy buena —responde Joaquín y vuelven a hacer salud.

—Y cuénteme, doctor, ¿cómo le va a usted? Leí por ahí que estaba en la defensa del gobernador regional. Vargas, me parece.

—Sí, así es... Perdimos en la Corte Suprema.

—Ah bueno, pero lo mismo pasó conmigo y ya ve.

—Sí, exactamente —dice Joaquín y, cuando se vuelve a llevar el vaso a la boca, se da cuenta de que ya se acabó su cerveza.

—Permítame, doctor.

En un parpadeo, Joaquín vuelve a tener el vaso lleno.

Una de las hijas de Villanela se acerca hacia ellos: le pregunta a su padre si pueden tomar helados y, cuando este le responde que sí, da brincos de felicidad y su cabello salpica gotas de agua de piscina.

152

El próximo en acercarse a ellos es el hijo mayor de Villanela, Cayito, quien, después de saludar, se apresura a servirse en un chop que ha traído desde la cocina.

—Después de la prisión, acá Cayito tomó una gran decisión, doctor —comenta Villanela—. Cuéntale, hijo.

El muchacho, que ya debe rondar los veinte, sonríe avergonzado hasta que finalmente se anima a revelar la buena nueva:

—Quisiera estudiar derecho.

—¡Abogado, doctor! Igual que usted —dice Villanela, palmeándole el hombro a su hijo—. ¿Qué le parece?

—Felicitaciones —responde Joaquín y hace salud con los otros dos—, y cuentas con mi apoyo para lo que necesites.

—Muchas gracias, doctor.

—Usted lo inspiró mucho, doctor, la forma en la que le habló al juez y todo eso. Hay que reconocerlo, en una sola audiencia hizo por mi hijo lo que su madre y yo no pudimos lograr en diez años.

153

El trío rompe en una carcajada que hace que las niñas de la piscina volteen a verlos. También llama la atención de Olga Merino, que sale al jardín con un par de botellas de cerveza.

—En diez minutos ya estará servido el cabrito —anuncia—. Después de estas dos últimas, las demás las tendrán que tomar en la mesa.

El comedor va acorde con la sala: una gran araña de cristal pende sobre la mesa con capacidad para doce personas. Todo en aquella casa parece gritar abundancia.

Por supuesto, también el plato de comida que ponen delante de Joaquín: un succulento plato de cabrito con la presa más grande que haya intentado comer nunca.

—Muchas gracias —le dice a la cocinera.

Una vez que todos están sentados a la mesa, Marco Villanela, a la cabecera, pide un nuevo brindis por la visita de Joaquín, y ninguno de los comensales tarda en responder.

Quien toma las riendas de la charla ahora es Olga, que busca el cotilleo con sutileza:

154

—Y, cuéntenos, doctor, ¿es usted casado?

—No, todavía no.

—Pero alguna novia tendrá.

Joaquín siente sus mejillas encendidas, no sabe si es por el efecto de las preguntas o la ingente cantidad de cerveza que ya ha bebido para entonces.

Intenta torear la pregunta argumentando que no tiene el tiempo que quisiera, que tiene mucho trabajo, etcétera.

—Pero alguien habrá por ahí: un profesional joven, de éxito, no se queda soltero mucho tiempo.

—Ya sabe lo que dicen por ahí, doctor: «Soltero maduro...».— Villanela estalla en risa.

—Bueno... —empieza Joaquín, preparándose para dejar caer el nombre de Chris.

Pero Villanela se le adelanta:

—Si gusta, doctor, Olguita tiene un par de sobrinas muy simpáticas que le podemos presentar. Con toda confianza.

El almuerzo fluye en medio de un ambiente ameno, de familiaridad. Durante una hora, Joaquín olvida el verdadero motivo por el cual ha ido a la casa de su antiguo cliente y se dedica a disfrutar del momento.

155

Son casi las cuatro de la tarde cuando finalmente la cocinera vuelve a recoger los platos y, en su lugar, deja uno más pequeño con el postre: torta de chocolate con helado.

Joaquín no cree que, después de todo lo que ha comido, aquella sea una mezcla con la que quiera lidiar más tarde, de modo que espacia las cucharadas lo más posible.

Una vez que han terminado el postre, los hijos de Villanela salen de vuelta al jardín. Olga también

se disculpa para ir al baño, dejando a Joaquín a solas con el dueño de casa.

Ha llegado el momento.

—Muchas gracias por todo, don Marco. Ha sido una comida estupenda.

—Usted no se merece menos, doctor, antes bien, se había tardado en hacernos esta visita. ¿Cómo así se animó?

Joaquín se aclara la garganta:

156

—Pues, don Marco, la verdad es que... quería pedirle un favor.

—Dígame, ¿de qué se trata? —responde Villanela inclinándose hacia adelante.

—La verdad, es un poco...

«Doctor —lo corta Villanela y se pone de pie para sentarse más cerca de Joaquín—: tenga usted la confianza de pedirme lo que sea. Usted no sabe lo que hizo por mí: me dio la posibilidad de limpiar mi nombre, de poder salir a la calle y dar la cara sin nada que temer. Mire usted a mi familia —voltea a ver el jardín a través de la mampara, Cayito juega con sus hermanas como si fuera un niño más—.

Usted lo hizo posible: si yo estuviera preso, esta casa parecería un cementerio.

»¿Y sabe qué es lo mejor? Que lo hizo limpiamente, que no se valió de ninguna treta, y eso le ha quedado claro a todo el mundo. ¿Usted sabe cuántos abogados llegaron hasta mi esposa para querer sacarnos dinero? ¿Cuántos querían negociar un soborno para sacar su buena tajada sin hacer nada? Ni se imagina cuántos. Esto era algo que quería decirle, doctor, y que lo tenía guardado desde que me dieron la libertad: usted, tan joven y todo, me demostró muchas cosas. Que uno puede ser honesto y lograr buenas cosas. Y no solo me lo demostró a mí, ya vio que a mi hijo también. Mi esposa y yo estaremos en deuda con usted para toda la vida. Así que, por favor, lo que sea que necesite, pídamelo, con toda la confianza del mundo».

157

Joaquín se ha dedicado a oírlo: le parece escucharse a sí mismo cuando habló por teléfono con Bety Aguirre y le puso las cosas en claro.

El peso de la razón cae sobre él, al tiempo que ve todo con claridad: tener la razón y obrar con honestidad va más allá que cualquier veredicto judicial.

Es algo que se vive.

También se da cuenta de que no podría vivir con la idea de ser uno más de esos abogados que fueron a succionar la sangre de Villanela en su peor momento.

Todo menos eso.

El anfitrión aún está a la espera de que Joaquín haga su pedido.

Y él ya sabe exactamente cuál será:

—Pues lo que yo quería pedirle es... que me recomiende con sus amistades. Ahora hay mucha competencia, usted sabe, y no viene mal que a uno le hagan la mejor publicidad que existe: la del boca a boca.

158

Villanela sonríe ampliamente:

—Descuide, doctor, corre de mi cuenta.

Una hora después, Joaquín va caminando de vuelta a casa: está algo mareado, pero también muy motivado, con la moral en alto.

Entre las manos lleva un paquete con torta de chocolate y dos presas de cabrito.

El delito de robo

Es el día nueve desde que Felipe Montero recibió la acusación. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido para Joaquín una locura total. No ha dormido, apenas si ha comido, pero está satisfecho, porque ha encontrado lo que estaba buscando.

La solución.

Al menos parte de ella.

159

Se reúne con su padre esa misma mañana, en casa de su madre. Joaquín ni siquiera espera a que el viejo se acomode en su silla para soltarle que la opción del soborno queda totalmente descartada.

La respuesta de Felipe Montero resulta una verdadera sorpresa:

—Eso mismo quería decirte yo: tu tío Eduardo no ha podido conseguir ni un peso, de modo que la única opción es que tú me defiendas a la buena.

En sus palabras no hay el más mínimo entusiasmo, sino todo lo contrario: lo dice como si ya le hubieran dictado la sentencia.

—Bien —responde Joaquín—, así será. Toma, esta es una copia de la respuesta a la acusación que estoy por llevar al juzgado. Si gustas, léela, revísala, y si tienes alguna duda, estaré de vuelta en menos de media hora. —Se pone de pie y toma el saco que descansa en el respaldar de la silla.

—Espera —dice su padre, tomando el paquete de papel que le alcanza su hijo como si fuera un objeto hasta ahora desconocido por el hombre: es un buen montón de hojas que hasta hace dos días no existían—. ¿Cuándo hiciste esto?

160

—Lo empecé ayer a las ocho de la mañana y lo terminé hace exactamente... —observa el reloj colgado en una pared de la cocina— cincuenta minutos. Quizá se me hayan ido algunas erratas, pero sé que está bastante bien.

Debe ser una de las maratones de trabajo más extenuante que ha tenido, pero, a pesar de eso, todavía le quedan energías suficientes para ir él mismo a dejar la respuesta y, luego, tratar el tema con su padre.

—Buena, flaco.

—De nada, papá.

—¿Y has podido encontrar algo que me pueda servir?

—Así es, pero te lo contaré cuando vuelva. O puedes intentar descifrarlo tú mismo.

—No. —Felipe deja el documento como si le hubiera quemado la yema de los dedos—. Te espero, anda nomás. Te espero con café.

Dio con el primer hallazgo la misma noche que llegó a su casa después de la charla que tuvo con Villanela: en realidad, la solución para la acusación por el delito de robo estaba a plena vista. Quizá, si no hubiera estado tan mortificado por el veredicto de Vargas y las malas noticias de su padre, habría dado con él en menos de cinco minutos.

161

Según la acusación fiscal, Felipe Montero se había robado la cámara de fotos del último familiar del dueño de casa al que había golpeado con el fin de evitar ser descubierto.

Sin embargo, el delito de robo es considerado uno de tendencia interna trascendente, es decir, implica la intención de un ánimo de lucro de parte del sujeto, no la intención de ocultar otros delitos.

El lucro es una parte fundamental para que dicho delito pueda darse.

Y eso es justo lo que Joaquín, a su regreso de la fiscalía, intenta explicarle a su padre:

—Según la fiscalía, te llevaste esa cámara, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Para intentar ocultar los supuestos daños.

La madre de Joaquín atestigua el pimpón de preguntas y respuestas desde atrás de su taza de manzanilla caliente.

162

—Justo de eso se trata, papá —dice Joaquín—: en ningún momento se te ocurrió llevártela para lucrar, venderla o cosa parecida, pues el único motivo por el cual tú te la llevaste fue...

—Para que no me vieran pegándole a todo el mundo.

—¡Exactamente! Pero eso no lo vuelvas a repetir.

—Si quieres vamos y la devolvemos, así quizá sumamos un punto más frente a la fiscalía.

—No —responde Joaquín, pegando un brinco sobre el asiento—. Al menos no todavía. Lo que

vamos a debatir no es si los hechos sucedieron o no, solo cuestionaremos si, como está planteada la acusación, estos pueden ser delitos.

—Bien, no entiendo, pero bien.

—Escucha, lo que tienes que saber por ahora es que en el caso de la acusación por robo no hay delito. Lo cual nos deja solo con el otro, el delito de daños.

—Y sobre ese, ¿qué piensas responder?

—Sobre ese aún estoy buscando la clave.

—Lo que tú digas —dice Felipe Montero, sonriendo a medida que aprecia la astucia de su hijo.

163

—Podemos conseguir testigos que digan que seguiste almorzando y tomando con ellos, que no te levantaste de la mesa del restaurante.

—Sí, estaba con dos amigos, pero el dueño y los mozos también me conocen, seguro que se prestan para apoyarnos.

—Bien, eso está bien. Quizá eso nos libre, pero seguiré buscando más respuestas que sean acordes a la verdad, esa es mi labor.

—¿Y qué harás ahora?

—Ahora, dormir.

—Anda, hijito, anda —dice su madre abandonando su postura de mera espectadora.

Dicho esto, Joaquín se levanta de su silla y se despide de sus padres.

Entra a su habitación y se duerme tal como llegó de la calle. Incluso con los zapatos puestos.

El delito de daños

El juez de investigación fija la audiencia para dentro de un mes, tiempo en el que Joaquín planea encerrarse cual ermitaño a descifrar la clave para librar a su padre del segundo delito.

Durante la primera semana revisa la información que tiene a la mano, navega en internet en busca de algún precedente que pueda servirle, pero no está satisfecho con lo que encuentra.

165

Decide acudir a una segunda instancia: hacerle una visita al doctor Zapata y al que espera sea todavía su centro de trabajo.

Todos sus compañeros se levantan de sus escritorios y dejan lo que están haciendo cuando lo ven entrar por la puerta.

Joaquín recibe abrazos y todo tipo de comentarios. Emerson es uno de los más entusiasmados con la visita:

—¿A qué debemos el honor de su visita, doctor? Mínimo de aquí toca su cebiche —sugiere, para inmediatamente después guiñarle el ojo.

Chris también se acerca a saludarlo, pero es mucho menos efusiva de lo que Joaquín espera. Está molesta, piensa y recuerda que, desde aquella vez que salieron al cine, no volvió a llamarla.

Con todo el mundo rodeándolo, no puede hacer más que encajar el golpe de su indiferencia y prometerse que hará lo que pueda para remediarlo: es una buena chica, y sospecha que pueden llegar a tener algo que valga la pena.

Hasta la idea del matrimonio ronda la cabeza de Joaquín.

166

Después de algunos minutos de bromas, Joaquín se disculpa y señala la puerta del despacho del doctor Zapata.

—Joaquín, ¡qué gusto verte! —lo saluda su maestro y le indica un asiento—. Cuéntame, ¿cómo te va con lo de tu padre?

Media hora después, ha terminado de ponerlo al corriente del caso.

Otra de las ventajas de no haberle pedido dinero prestado a Marco Villanela es que Joaquín Montero puede seguir mirando a los ojos a su jefe sin

remordimiento alguno: solo ahora es consciente de lo bajo que ha estado a punto de caer.

No cree que, de haberse enterado, el doctor Zapata lo haya resontrado: su silencio y posterior distanciamiento habría sido el peor castigo en el que Joaquín puede pensar.

—Sí, estás en lo cierto —dice Zapata, luego de oír el abordaje que ha tenido Joaquín con respecto al delito de robo—. Eso no debe haber sido muy complicado.

—Sí, sufrí al inicio, pero ahora parece bastante obvio.

167

—Así es.

—Lo que aún no sé cómo abordar es la defensa por el delito de daños: he visto las fotografías y al parecer sí se trata de varios objetos que destruyó.

—¿Te dio alguna razón para haberlo hecho? ¿Algún atenuante quizá?

—No, ni siquiera se acuerda demasiado: él dice que, una vez que levanta los puños, todo va en automático.

—Mala cosa —dice el abogado y se reclina en su sillón, cavilando el asunto. Al cabo de unos mi-

nutos en los que pasea la mirada por su despacho, pregunta—: ¿Quién es el fiscal?

—Un tal Álvaro Pacheco, ¿lo conoce?

—Sí, lo conozco: un tipo que dirige su trabajo con mala entraña. No me cae muy bien y sospecho que a ti tampoco.

—Sospecha bien. Lo que quería pedirle, doctor, era si podía llevarme algunos expedientes en los que se imputara el delito de daños para poder analizarlos y ver si encuentro algo que me sirva.

168

—Pero, hijo, eso no tienes ni que pedirlo, estás en tu casa. Llévate lo que necesites.

El doctor Zapata se pasa los siguientes minutos haciendo memoria: recuerda al menos una decena de casos en los que la fiscalía acusó por daños a la propiedad privada. Va salpimentando el recuento con anécdotas que le recuerdan a Joaquín lo buen conversador que es su jefe.

Por eso es tan buen abogado, piensa.

Después, se pasa a hablarle sobre cómo van las cosas en la oficina. Han presentado un hábeas corpus por el caso de Vargas, pero el doctor Zapata tampoco alberga muchas esperanzas.

Hay un nuevo dato que ha llegado hasta sus oídos y que podría zanjar el destino del gobernador regional.

—O exgobernador —precisa—. Todo parece indicar que alguien pagó para que lo condenaran.

—¿Quién?

—El vicegobernador: con Vargas preso, el que se encarga de ocupar el sillón regional es él. Así que, quizá, la condena no fue porque la esposa decidió no pagar, sino porque alguien lo hizo para obtener aquel resultado.

—Un puñal directo a la espalda.

—Un corte fino y profundo, así es.

Finalmente, el doctor habla un poco de sí mismo. La idea de la jubilación vuelve a rondar por su cabeza; su esposa le insiste en que ya ha pasado demasiado tiempo en salas penales y muy poco en casa. No quisiera ser una estadística más en la lista de abogados penalistas exitosos pero divorciados.

—Debe tener razón. La verdad, mi mente no trabaja de la misma forma que antes, por eso lo mejor es que no dejes de venir y aprovechar lo poco que queda de ella, muchacho. El tiempo no perdona. Y la esposa tampoco.

Ambos se permiten una última carcajada compartida.

—Muchas gracias, doctor. —Joaquín se pone de pie, ya no puede esperar por elegir los expedientes y regresar a su guarida para empezar a revisarlos—. Le prometo que volveré apenas quede todo solucionado.

—Antes de que te vayas, déjame decirte una cosa.

—Claro, lo escucho —responde Joaquín y vuelve a tomar asiento.

170

—Quizá ya te lo he dicho antes, pero esto te debe quedar muy claro: el derecho no es un deporte de chapoteo, es un deporte de buceo, ¿me entiendes? La solución la encuentras siempre en aguas profundas y, si no la encuentras, es porque no has ido lo suficientemente lejos. Si es que algo vas a aprender de mí, muchacho, quisiera que fuera esto. Es lo que más te va a servir.

Joaquín Montero llega a su casa cargado de carpetas y de una dosis adicional de motivación.

Necesita toda la que pueda conseguir para afrontar este caso.

A puño limpio

La reunión tiene lugar en una diminuta habitación en el cuarto piso de una pensión. Es lo mejor que Eliza Montero y su hija, Viviana, habían podido conseguir desde que el novio de esta última las echara del que —estaban seguras— ya era su hogar.

Han pasado casi dos meses desde el incidente y Viviana aún llora lo sucedido como si hubiera sido ayer.

171

—Nunca pensé que llegaríamos a esto. Yo... siempre intenté llevarme bien con la familia de él, pero su madre, su hermana y la abuela siempre me hacían la vida imposible —relata la joven, prima de Joaquín, entre sollozos—. A mi mami también, siempre la trataron con la punta del zapato, como se dice. Y ella con las justas si salía del cuarto que tenía en el tercer piso, en el que vivíamos.

—Sí, más que el papá del chico, la mamá era la mala —dice Eliza. No llora, pero mira al suelo con una severidad invariable—. Por eso yo mejor ni salía, ni nada. Prefería quedarme ahí sin que me vieran para que luego no le reclamaran nada a ella.

—Y fue por eso que decidimos construir la nueva entrada. —Viviana toma el trozo de papel higiénico que Joaquín le pone al frente—. Lo conversé con Miguel, mi novio, y él estuvo de acuerdo. Ahí me gasté hasta el último de mis ahorros. Incluso una puerta bonita le compré, más bonita que la de la entrada principal de la casa y ahora... no tenemos ni dónde dormir...

El llanto reinicia con fuerza. Eliza abraza a su hija, al tiempo que se disculpa en silencio con Joaquín.

Este le devuelve un gesto que quiere decir que no se preocupe, que no hay nada que disculpar.

172

El resto de la historia se la tiene que contar su tía:

—Al final, ellos empezaron a usar la entrada como si fuera suya. Miguel les había dado una llave y su mamá sacó como cinco duplicados, todo el mundo entraba por ahí cuando quería y volvió a pasar lo mismo que antes, si me veían salir por ahí me miraban mal y luego le decían cosas a tu prima —dice Eliza, sin dejar de prodigar caricias a su hija—. Lo último que pasó fue la gota que derramó el vaso: yo venía del mercado, cargada de bolsas y me di cuenta de que me habían puesto candado. ¿Puedes creer eso, Joaquín? ¡Candado!

—Me imagino.

—En ese momento mi mamá me llamó al trabajo —dice Viviana, levantando por fin la cabeza: tiene los ojos inyectados y la nariz roja—. Salí corriendo a buscar a un cerrajero, lo llevé a la casa e hice que quitara ese mugroso candado y cambiaran la chapa. Y fue ahí cuando la abuela de Miguel se asomó por la ventana y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Empezó a gritar como una loca, a pedir ayuda como si le estuvieran robando. Fue horrible, primo, todos los vecinos de la cuadra salieron a ver. Ahí fue que llamé a mi tío Eduardo para que nos ayude, porque la vieja esa, con ayuda del primo de Miguel, empezaron a sacar nuestras cosas a la calle.

—Ya veo —dice Joaquín, comprendiendo mejor lo sucedido—. ¿Y cómo empezó lo de los daños? ¿Cómo se les ocurrió empezar a romper todo?

—Fue por desesperación, hijo —responde Eliza—. Tanta rabia tenía de ver nuestras cosas tiradas por la ventana que me cegué, me metí a la casa, al primer piso, y cogí lo primero que encontré, ya ni me acuerdo qué fue. Tu papá llegó en ese momento y me comenzó a ayudar. Todo fue muy rápido. Ahí fue que bajaron los hombres de la familia de Miguel a querer detenerlo y pegarle. Pero bueno, ya sabes que eso no fue lo que pasó, y mi hermanito, de tan buena gente, los sonó a todos. Y él solo quería ayudar, eso le debes dejar en claro a los jueces, hijo, que él es inocente.

La visita no dura mucho más, después de aquellas precisiones por el incidente que ocasionó todo, lo demás son una sarta de lamentos sobre los que Joaquín no puede hacer nada.

Viviana ahora ya no tiene trabajo. Después del incidente no pudo volver a su puesto y, según su empleador de la galería de ropa, fue ella la que provocó que, ese mismo día, alguien aprovechara su ausencia y se llevara todo el dinero que había en la caja chica.

La joven alegaba que le había encargado el negocio a la dueña de la tienda del costado, pero la señora no se hacía responsable de nada.

174

—Bien podría haber sido ella la ladrona y nadie lo sabría —dijo Viviana antes de echarse a llorar otra vez.

Ahora, sin ahorros, sin pareja y sin hogar, se encontraba viviendo el peor momento de su vida. Aunque, claro, ella no afrontaba una posible condena de varios años tras las rejas.

Joaquín sale de la pensión sin ningún dato importante adicional que vaya a servirle. Lo único que siente es una creciente necesidad de reclamarle a su padre lo imprudente e irresponsable que ha sido.

Los daños se cuentan por miles de soles: un televisor pantalla plana, un equipo de sonido, una mesa de centro, sillas, ventanas, incluso una pared de *drywall* con menos de tres semanas de haberse levantado.

Por suerte, no han presentado cargos por la agresión física a los hombres de la familia. Joaquín supone que debe ser por vergüenza. Ninguno de ellos quiere admitir que un sesentón les partió la cara a todos a mano limpia.

Mientras camina por las calles del centro de Huaraz, su celular empieza a vibrar: es una llamada de Emerson, otra vez ha dejado colgado a su amigo.

175

Tampoco esta vez le contesta: no puede permitirse ni un minuto de descanso mientras no encuentre la solución.

Apura el paso en dirección a su casa, donde lo espera otra torre de expedientes que el día anterior pidió que le enviaran de la oficina.

Derecho y amor

Su mamá lo detiene antes de que Joaquín termine de cruzar la puerta de su casa:

—Hay alguien aquí que quiere verte —le susurra mientras le acomoda el cuello de la camisa.

Joaquín entra a la sala y se encuentra a Chris sentada en uno de los muebles.

177

—Hola, Joaquín —saluda Chris. Se levanta y le da un beso en la mejilla—. Vine a traerte los expedientes que le pediste al doctor Zapata.

—Gracias —responde Joaquín, aún un poco desencajado. Observa las dos tazas de café que hay en la mesa de centro y sospecha que hace un buen rato que su madre no está sola en casa.

Chris se encarga de corroborarlo todo:

—Tu mami es linda. Estuvimos hablando un ratito.

La madre de Joaquín entra en ese momento para llevarse las tazas y despedirse de Chris, lo hace

como si fueran amigas de toda la vida y no como si acabara de conocerla hace aproximadamente media hora.

Mientras se marcha, sin que Chris se dé cuenta, le guiña un ojo a su hijo por encima del hombro.

—¿De dónde vienes? —pregunta Chris cuando los dos están sentados frente a frente.

—De entrevistar a mi tía y a mi prima. Es por el caso de mi papá.

—Algo de eso oí en la oficina, ¿cómo ves tu defensa? ¿Te está dando problemas?

178

Joaquín le cuenta el caso completo, desde la tarde de los hechos hasta sus últimos hallazgos. Chris lo oye con el cien por ciento de su atención: sus grandes ojos café lo observan como si estuvieran en medio de un concurso de no parpadear.

Mientras habla, Joaquín se lamenta no tener la oportunidad de ver aquel rostro más seguido.

—Entiendo —dice Chris, una vez que él se calla—. Lo bueno es que aún te quedan algunas semanas para dar con la respuesta.

—Así es, pero llevo unos días estancado y eso no me gusta.

—¿Y después de...? —Chris deja la pregunta a la mitad.

—¿Después de qué?

—Nada, olvídalo. Supongo que ya me tengo que ir.

Chris empieza a tomar su cartera y se levanta.

—¿Sí? ¿Tan pronto? Ni siquiera me has dicho cómo estás, cómo te va a ti.

—Bueno, lo que te puedo contar es que, desde que no estás, en la oficina parece que hay muchas más cosas que hacer. El doctor me ha pedido que sea yo quien le revise preliminarmente los escritos de tus practicantes antes de enviárselos a él. Y, si mal no recuerdo, debo tener ya un par esperándome a que les dé una mirada.

179

—Claro, sí.

—Además, sé que tienes que revisar los expedientes que te acabo de traer.

—Sí, es cierto, pero...

—Descuida, Joaquín. Yo entiendo. Ya conozco la salida.

En ese momento él reacciona, se levanta como si un resorte lo hubiera propulsado de su asiento.

—Chris, escúchame, no es que yo no haya querido...

Ella vuelve sobre sus pasos, se empina junto a él y le da un beso en la mejilla.

—Joaquín, no soy ese tipo de chica, sé perfectamente lo que estás haciendo, la responsabilidad que tienes y lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer y, cuando lo hagas, puedes llamarme. Y hablaremos de otras cosas que nada tengan que ver con juicios o denuncias. Cuídate y procura dormir un poco.

180

Y se va sin que Joaquín atine a decir nada.

Lo único que sabe es que le gusta mucho más que antes.

Su madre lo espera en la cocina, lavando el mismo plato por cuarta vez:

—Ella te quiere —dice la mujer, con el tono cantarín de una niña.

—¿Qué tanto oíste, mamá?

—¿Oír? No mucho. Pero sí vi cómo te miraba cuando entraste a la sala. Eso fue suficiente para que yo lo supiera todo.

—¿Ah sí? Y yo que creía que el estofado de res era tu único superpoder.

Su madre se ríe y deja a un lado el plato.

—No te diré nada más —dice mientras se seca las manos en su delantal—, solo quiero que sepas que esa tal Chris tiene mi bendición.

Joaquín la mira durante un momento, intentando averiguar si lo dice en serio.

181

Resulta que sí:

—Pues gracias, mamá, pero por el momento no puedo hacer mucho con eso. No puedo destinar ni un poco de mi atención y energías a nada que no sea el caso de papá.

—Lo sé, todos lo sabemos, y esa chica también lo sabe. Y aunque no puedas llevarla al cine ahora o dedicarle el tiempo que ambos quisieran, le estás demostrando mucho más de lo que cualquier otro podría.

Su madre le regala una de aquellas miradas que Joaquín siente le arreglan el alma.

—Gracias, mamá.

—Yo confío en ti. Sé que lo vas a lograr.

Allí está otra vez la mujer que sostuvo un hogar con dos hijos varones cuando su esposo estaba en cualquier otro lugar, perdiendo el tiempo; la misma mujer que su hermano y él encontraban a un lado de la cancha durante sus partidos de fútbol, corriendo más que el entrenador inclusive; la misma mujer que le dio la seguridad de que si se esforzaba, podría llegar a ser un gran abogado y que, después, le aseguraba que pronto estaría al frente de los casos más importantes.

182

Joaquín la abraza con todas sus fuerzas y vuelve a agradecerle.

No es mucho de rezar, pero, con su madre entre sus brazos, le pide a Dios que le dure para siempre.

Más pruebas

Felipe Montero es noticia. Uno de los muchos vecinos que se asomó a ver la trifulca filmó parte de ella y ahora está en las redes y principales medios de Huaraz.

Se ha vuelto viral.

Joaquín sospecha que uno de los agraviados se ha encargado de filtrar el video con el ánimo de poner a la opinión pública de su lado: en YouTube, es posible encontrarlo con el título: «Tío pegalón masacra a familia».

183

Diego es el primero que lo ha encontrado: le ha enviado el enlace a su hermano mayor junto con emojis de risas.

—Varios periodistas han venido a entrevistarme —dice su padre al teléfono, muerto de risa, como si fuera una travesura de lo más infantil—. Les he dicho que, si me quieren entrevistar, les va a costar alguna platita y pueden hablar con mi abogado para eso.

—No se te ocurra volver a decir algo como eso, papá —le dice Joaquín, tirándose de los cabellos—. Salvo que quieras que el día de la audiencia los jueces crean que eres un desadaptado que no tiene reparo en portarse como un destructor para luego lucrar con el daño causado.

Las noches en vela le han pasado factura al joven abogado, quien ve correr el calendario sin poder encontrar algún argumento adicional con el cual lidiar contra el otro delito, el de daños. A pesar de estar siguiendo el consejo del doctor Zapata al pie de la letra y de estar buceando entre decenas de expedientes distintos, la suerte no parece estar de su lado.

184

Y ahora, por si fuera poco, un clip de video de apenas veinte segundos, pero con más de doscientas mil reproducciones, ha echado por tierra el único argumento que creía le podía servir para librarse del segundo delito.

Queda claro que fue él quien ha roto todo lo que se denunció como dañado.

No necesita que su padre se ponga a hacerse el tonto mientras tanto.

—Ya, flaco, tranquilo, tampoco es para que te pongas así. Además, esa plata no nos vendría mal si

es que vamos a tener que pagar alguna reparación, ¿no te parece? Digo, son un par de cosas las que dicen que les hemos roto la gente esa.

—Papá, lo que estoy tratando de hacer aquí es que no tengas que pagar reparación alguna. Solo te pido que no contestes ese tipo de llamadas mientras me ocupo del caso, no me des algo en qué distraer mi atención. ¿Comprendes?

Felipe Montero deja escapar un suspiro:

—Ya, flaco, tranquilo. Me quedo quieto.

—Gracias, papá.

185

Joaquín cuelga y mira en lo que se ha convertido su habitación. No parece distinta del cuarto de archivo que hay en la oficina del doctor Zapata, salvo por la ropa tirada por cualquier lado y las envolturas de frituras que hay aquí y allá sobre su escritorio. Pero también le recuerda a algo más.

Su habitación de estudiante en la ciudad de Chichayo.

Joaquín recuerda aquel lugar y los días que pasó allí como jornadas interminables de estudio. Apenas terminadas las clases, volvía inmediatamente a su habitación para repasar lo que acababa de oír. No tenía muchas opciones: el dinero le alcanzaba

justo para comer y pagar su cuarto, no para conocer la ciudad y hacer vida social.

Aunque sabe que son los años que lo formaron como abogado, Joaquín nunca pudo quitarles aquel velo sombrío del desánimo y la soledad. Se le viene a la mente el recuerdo de cuando tuvo que cargar con lo único que tenía, colchón y catre, para mudarse del cuarto donde lo habían acusado de coger una fruta que pertenecía a otra persona. Los mismos sentimientos vuelven a atacarlo ahora que parece ir en reversa antes que continuar avanzando.

186

Ayer estaba litigando en la Corte Suprema y ahora me juego la libertad de mi padre en un juzgado de Huaraz, piensa, y su ánimo decae una décima más. Ayer incluso estaba barajando la posibilidad de ganar una vacante en el estudio de César Aragaki, y ahora teme incluso por su lugar en la oficina del doctor Zapata.

Pero sabe que eso no es lo peor.

Lo peor podría ser perder, incluso, este caso.

La sola idea hace que Joaquín se espabile, borre de su cabeza los recuerdos universitarios que no le sirven ahora y siga revisando expedientes.

La próxima vez que se detiene son las siete y cuarenta de la mañana del día siguiente.

Ha dado con un caso bastante similar, ocurrido en 2019, en el mismo Huaraz. Una pareja de inquilinos que acusaban al propietario del departamento en el que vivían de haber dañado sus pertenencias al querer desalojarlos a la fuerza.

El hombre había esperado a que la pareja saliera del departamento para poder sacar las pertenencias a la calle. Le había pedido ayuda a su hijo para que pudieran bajar todo desde el tercer piso mediante una escalera exterior. El propietario, un hombre de cincuenta años, no había tenido intención de dañar nada, pero, mientras bajaba una mesa de centro especialmente pesada, esta había resbalado de sus manos para caer sobre el televisor, el horno microondas y, de paso, hacerse trizas contra la vereda.

187

Lejos de querer lavarse las manos, el propietario esperó a la pareja con el fin de poder negociar —de todas formas, ellos eran los que le debían una buena cantidad de dinero—. Sin embargo, la pareja decidió ir a juicio.

La mujer fue la encargada de presentar los cargos y llamó a su esposo como testigo. Asimismo, le pidieron a una amiga que había estado con ellos ese día que también prestara su declaración en contra del propietario:

—Se notaba que el viejo lo había hecho a propósito —dijo la amiga en la audiencia—. Había que tener buena puntería para hacer tremendo desastre con una sola mesa de centro.

Más allá de los triviales argumentos de la testigo, el inconveniente de la acusación era otro, según pudo leer Joaquín. Lo que estaba fallando era el principio de fiabilidad de los testigos.

El juez desestimó la acusación, pues era claro que tanto la posición de la mujer como la de su esposo y la amiga de ambos configuraba una misma posición: ambos testigos tenían un sesgo hacia una de las partes del proceso.

188

Ahí había una posible solución. El grupo familiar agraviado que acusaba al padre de Joaquín, cuyos integrantes vivían juntos, sin duda tenía una marcada orientación en común.

El argumento era bueno y quizá podría funcionar, pero con el nuevo video de la agresión aparecido en las redes su efectividad tendía a la baja.

Por fin, con el sonido de los autos y el silbido del pan llegando desde la calle, Joaquín decide cerrar aquel último expediente. Al leerlo, no pudo evitar imaginarse que el papel de la mujer agraviada era interpretado por Chris.

De hecho, su imagen se le ha presentado una y otra vez durante sus últimas noches en vela. La ha visto con distintos atuendos y peinados, pero siempre con el aura irresistible de un espejismo.

En este preciso momento, Joaquín Montero no se siente cansado, pues el sueño no es su única carencia ahora. Hay algo mucho más urgente que lo tiene acorralado.

Ya ha esperado demasiado.

Se levanta de su escritorio, se ciñe el cinturón y va al baño a mojarse la cara y ponerse algo de perfume. Tiene una única idea en la cabeza y la está llevando a cabo. No sabe si su falta de reparo es producto del desvelo, pero cada acción se le hace totalmente natural y correcta.

189

Sale de casa ignorando las preguntas de su madre y los comentarios de su hermano. En la calle se sube al primer taxi que encuentra y le indica la dirección.

Lo único que espera es encontrarla despierta. No está seguro, pero cree que es fin de semana. De otro modo, no tendrá mucho tiempo hasta que ella tenga que ir a la oficina.

Chris abre la puerta y Joaquín entra a su habitación. Les toma una fracción de segundo a ambos reconocer lo que el otro quiere y comprobar que es lo mismo en lo que vienen pensando por semanas.

Apenas le da tiempo de volver a cerrar la puerta cuando Joaquín avanza hacia ella y la besa. Los brazos de Chris se cierran en torno a su cuello como si aquel fuera su lugar natural.

El beso y el abrazo se prolongan hasta que ambos van a parar a la cama. Joaquín entonces abandona la boca de la chica para ir en busca de su cuello. Se ve tentado a pensar que aquella es otra más de las fantasías que lo han atacado durante sus noches en vela, pero el perfume y el sabor de la piel de Chris son tan intensos como los de una fruta fresca.

La primera prenda va a parar al suelo de la pequeña habitación. Luego, la segunda y la tercera...

Pierden la noción del tiempo, del lugar donde se encuentran y toda su realidad se transforma en una sucesión de caricias, gemidos y movimientos que lo único que consigue es seguir aumentando el placer.

A lo lejos, oyen los que parecen ser golpes en la puerta. Los reclamos de Johana, la chica con la que Chris comparte el minidepartamento, se oyen fu-

riosos: dice algo de una videollamada sumamente importante.

Pero a ninguno de los dos les importa. Siguen en lo suyo hasta que los reclamos cesan; la mañana da paso a la tarde y, luego, a la noche. Las ganas que tienen provienen de un pozo de deseo infinito.

Cuando por fin se acuestan uno junto al otro, completamente exhaustos, el producto de su pasión ha empañado la ventana, y la única luz que hay en la pequeña habitación es la que proviene del alumbrado público.

191

Al cabo de algunos minutos mirando el techo, disfrutando de la atmósfera que ha dejado el encuentro, Joaquín se anima a quebrar el silencio:

—Creo que tu amiga vino a buscarte.

Los dos ríen aferrados a las sábanas. Podría quedarme aquí durante días, piensa Joaquín.

—Johana es así, lo hace por molestar. Si supieras el escándalo que monta cuando llego acá después de las diez...

—Eso quiere decir que... —dice Joaquín, girándose sobre sí para ver a Chris directamente a los ojos— ¿sueles llegar aquí después de las diez?

—Algunas veces sí, como la mujer independiente que soy.

—Ah, mira, eso está muy bien.

Sus labios vuelven a encontrarse. Esta vez, el beso ya no es apasionado; ahora es tierno.

Es la primera vez en semanas que todo dentro de Joaquín se siente en orden. Compartir aquel momento con Chris es como haber llegado a la orilla después de haber nadado durante mucho tiempo para salvar la vida.

192

—¿Cómo va el caso? —pregunta ella.

—No quisiera arruinar este momento hablando de eso.

—Pienso que sería muy difícil arruinar un momento como este.

—En eso tienes razón —dice Joaquín y le hace un breve resumen de sus avances, y los reveses, que ha tenido. Chris lo escucha mientras le acomoda el cabello sobre la frente y a los costados de su cabeza.

—¿Cuánto falta para la audiencia? —pregunta cuando él termina el recuento.

—Estamos a una semana y dos días.

—¿Y luego de eso?

—Luego de eso... dependiendo del resultado, apelaré.

—¿Y luego?

—Y luego tendré que vivir con lo que sea que ocurra.

Pero la verdadera pregunta que Chris quiere hacer, aquella que nada en el centro mismo de sus ojos, Joaquín no la ha contestado.

193

Y lo intenta:

—Después, podré retomar todo lo que haya quedado pendiente en mi vida.

—Esa es una buena noticia, supongo. Se te extraña mucho en la oficina.

—No me refiero solo al trabajo. Chris, no quiero que creas que lo nuestro no es importante para mí. De hecho, es en lo que más pienso después del proceso de mi padre. Y me siento mal de tener que...

—¿Irte ahora?

Responder aquello le sabe a Joaquín como declararse culpable de algo.

Chris no está molesta. Eso es lo peor.

—Ya te dije antes que entiendo perfectamente tu situación. Sigue adelante, sé que lo harás bien. Pero debes entender una cosa: en este caso eres el abogado, no el hijo del acusado. Quizá sea difícil diferenciarlo ahora, hay muchos sentimientos en medio, pero es necesario. Nada de lo que ocurra con tu padre es tu culpa, Joaquín. Si no lo entiendes ahora, podría convertirse en el tipo de cosa que te haga tropezar más adelante. Y ni tú ni yo ni nadie quiere eso. Tienes un gran futuro, el doctor Zapata no deja de decirlo. No seas tú quien empiece a sabotear al abogado que puedes llegar a ser.

194

Joaquín no tiene respuesta.

Se ha quedado mirando fijamente a Chris y no está dispuesto a parpadear por miedo de que las lágrimas empiecen a rodar por sus mejillas.

Tan solo atina a volver a besarla. Se ha revelado, en aquellas breves palabras, como una mujer dueña de una sabiduría solo equiparable con su belleza.

Cada beso se siente como el regreso a casa.

—Gracias —dice Joaquín—. Haré mi mejor papel.

—Lo sé.

—Pero... ¿qué hacemos ahora? ¿Seguimos siendo compañeros de trabajo? No creo que el doctor Zapata vaya a estar muy de acuerdo con este tipo de visitas tan casuales.

—Pues, técnicamente, tu pertenencia a la empresa está suspendida, ¿no? —Chris vuelve a abrazarlo y Joaquín cree notar un leve aumento en su temperatura corporal—. Es casi como si no pertenecieras a ella y, si no perteneces, ¿cómo podría haber un reclamo por lo que estamos haciendo?

195

—Tienes razón. Supongo que, si quieren reclamarnos algo, tendrán que esperar a que yo...

Joaquín se queda con la boca abierta, sus párpados se retraen y Chris piensa que le está dando un ataque cardíaco.

Él la tranquiliza, le dice que está mejor que nunca e intenta explicarle lo que le ocurre.

Es como si alguien hubiera descorrido la cortina para dejar entrar el sol de mediodía dentro de su mente. Joaquín puede ver con una claridad abso-

luta todos aquellos espacios en los que, hasta ese momento, había andado a ciegas.

En uno de ellos, encuentra la solución.

A la mañana siguiente, vuelve al cuarto en el que ahora viven Eliza Montero y su hija, con más preguntas para ellas.

El control de acusación

La sala de audiencias no es ni la tercera parte de la de la Sala Penal Nacional. De hecho, no parece más grande que la sala de su casa, piensa Joaquín.

Junto a él están su padre, su tía y su prima. Ninguno de ellos se guarda de echarles miradas asesinas a los agraviados, quienes se encuentran en el lado opuesto, a medio paso de distancia, y que tampoco se quedan atrás. Parecen estar esperando que suene la campana para continuar con la pelea que los ha llevado hasta ese lugar.

197

Joaquín no pudo ver cómo quedaron después de haberse enfrentado a su padre, pero constata que uno de ellos —el antiguo novio de Viviana— aún lleva las marcas en el rostro, y otro ha ingresado cojeando a la sala.

En el fondo, Joaquín se alegra de que los cargos contra su padre no incluyan el de tentativa de homicidio, o al menos, lesiones.

El fiscal encargado del caso, un sujeto al que llaman Pacheco y que Joaquín no ha tenido el placer

de conocer, lo saluda con un movimiento de cabeza, para luego hacer como que Joaquín ya no está allí. El abogado de los agraviados, el doctor Coronado, ni siquiera se molesta en saludarlo.

—Flaco —le susurra su padre al oído—, ¿estás nervioso?

—No, papá. Estoy bien.

—Qué bueno, quiero que estés tranquilo.

—Gracias.

—Sí, ya tengo todo coordinado.

—¿Cómo?

—Ya hablé con tu tío Eduardo. Mira, si al final me condenan, él me va a estar esperando en la esquina. Lo que necesito es que pidas que me dejen ir rápidamente al baño, dices que es un tema de mi próstata y en ese momento... —Se detiene cuando ve el rostro de su hijo palidecer hasta niveles fantasmagóricos—. Es broma, flaco. Una bromita para relajar el ambiente.

No le da tiempo de responderle. El juez ingresa a la sala, les dedica un saludo general a los presentes y se sienta en su lugar para empezar.

El tal Pacheco resulta ser bastante bueno: presenta su acusación con soltura, con solvencia. Tiene buena escuela, piensa Joaquín y se permite recordar que aquella es una de las cosas que más le gusta de la profesión, el litigio.

De hecho, fue lo que le hizo querer ser abogado.

Tenía diecisiete años cuando, mientras se encontraba sirviendo mesas en el restaurante en que trabajaba, vio por primera vez una audiencia y a un abogado defensor en acción.

Se trataba precisamente del mismísimo César Aragaki.

199

La voz del abogado que salía en ese momento de la pantalla transmitía un tipo de seguridad y autoridad que Joaquín Montero no había conocido hasta entonces, aquellas que otorgan la sabiduría y el conocimiento.

En aquella ocasión, Aragaki se encontraba defendiendo a un expresidente. Un caso tan importante que era la primera vez en la historia que los canales de señal abierta decidían transmitir las audiencias en directo. Los índices de sintonía no mentían: las personas no podían dejar de mirar el segundo a segundo del proceso legal.

Fueron los cuatro minutos más emocionantes de la vida de Joaquín, hasta que el dueño del restaurante, Juan José Morán, un amigo de copas de su padre y de Dios sabe de qué más, le llamó la atención, recordándole que él no le pagaba para que viera televisión.

—¿Él es abogado? —se animó a preguntarle a Morán al día siguiente, mientras en canal cuatro transmitían la nueva audiencia. En realidad, solo necesitaba una confirmación.

—Claro pues, flaco, ni que fuera una bailarina.

En ese momento, Joaquín Montero supo exactamente qué era lo que quería hacer de su vida.

200

Se pregunta si a su colega del Ministerio Público, Pacheco, le habrá pasado igual. Parece un poco mayor que yo, pero no demasiado, piensa Joaquín; quizá también vio las audiencias con la misma emoción que yo.

Pacheco da las gracias y toma asiento: ha terminado. Coronado lo espera con la mano extendida para estrechársela, algo que no suele verse en las audiencias.

Es el turno de Joaquín, quien, motivado por la agudeza mental y argumentativa del Aragaki que vio en acción tantos años atrás, se aclara la garganta y deja caer la artillería pesada.

Va en el orden en el que fue encontrando la respuesta para cada delito. Primero, el de robo.

—Con todo respeto, señor juez, estoy seguro de que para usted no será difícil recordar lo que exige el delito de robo para su comisión en su aspecto subjetivo, el cual necesita de parte del sujeto un ánimo especial, el ánimo de lucro, ¿verdad? —Joaquín hace una pausa esperando que el juez responda a la pregunta mentalmente—. Pues bien, siendo ese un requisito indispensable para la comisión de dicho delito, debo decirle que en esta ocasión no se ha configurado tal.

—Según la propia acusación fiscal, mi defendido arrebató la cámara fotográfica para evitar ser descubierto de los daños que venía realizando a la propiedad. Su única intención fue, señor juez, evitar que la filmación, en la que se le aprecia luchando contra los agraviados y provocando los daños que se le adjudican, fuera vista por un tercero.

201

Al menos, eso dice expresamente la acusación fiscal.

Joaquín continúa:

—Por lo tanto, sin necesidad de discutir la prueba o la acreditación de los hechos, solo a partir del planteamiento fiscal, se puede verificar la ausencia

de tipicidad subjetiva en el delito, lo que determina que el hecho no puede ser llevado a juicio.

Luego de decirlo, un breve silencio de aprobación se extiende por la pequeña sala. Joaquín se siente satisfecho. Es tiempo de ir por la segunda presa, piensa.

—Ahora bien, con respecto al delito de daños, lo que me veo obligado a reconocer es la pericia con la que los agraviados han detallado uno a uno los bienes materiales afectados. De hecho, si me permite su señoría, quisiera hacer un recuento de estos, tal como mi contraparte ha hecho, con la única diferencia de nombrar el número de serie de cada aparato y el lugar en el que fue adquirido.

202

Pacheco frunce el ceño: algo de lo que está haciendo su contrincante no tiene sentido. Coronado le habla al oído, pero el fiscal lo manda a callar. No quiere que lo distraigan ahora.

El juez da su aprobación y permite que Joaquín siga adelante.

Al terminar, se acerca a la mesa del juez para dejar la lista con los datos que acaba de leer.

—Me parece que se trata de los mismos elementos que figuran en la acusación, ¿verdad?

—Todo parece indicar que sí —responde el juez, y deja de lado el documento.

—Bien. Ahora permítame decirle la razón por la que en la defensa hemos logrado ser tan específicos al momento de enumerar dichos bienes. —Joaquín saca de su maletín una bolsa de plástico con cierre hermético en la cual figuran una serie de boletas y comprobantes de compra—. La razón por la cual tenemos dichos datos es porque contamos con los recibos de compra de cada una de las cosas.

Se da vuelta para que los agraviados también puedan ver la bolsa.

Pacheco tiene cara de querer objetar algo, lo que sea, con tal de mandar a callar a su contrincante en ese momento. Ya sabe lo que viene a continuación.

203

—Debo reconocer que, si mi colega aquí presente ha sido lo suficientemente cuidadoso como para no olvidar ninguno de los bienes que sufrieron daño, mi representado y las mujeres que solicitaron su ayuda tampoco han dejado de ser cuidadosos al momento de guardar los recibos y boletas de todos aquellos artefactos que ellas mismas han comprado. Y he aquí lo interesante, su señoría, puesto que la persona que compró, que pagó por los bienes que ahora le reclaman a mi defendido no ha sido ninguna de las del grupo agraviado.

—Explíquese, abogado —dice el juez, impaciente por saber adónde lleva todo aquello.

—Con todo gusto, juez de garantías. Lo que quiero decir es que los objetos dañados fueron adquiridos por la señorita Viviana Suárez Montero durante el tiempo que vivió en la casa de quien por entonces era su pareja. La señorita Viviana, como una forma de contribuir al hogar en el que había sido acogida, no tuvo reparo en adquirir un televisor nuevo, un equipo de sonido, una mesa de centro y todos los demás objetos que, según la acusación, fueron dañados por mi cliente.

204

El juez no tarda en empezar a contrastar cada boleta con la lista de bienes dañados.

—Como verá, los objetos por los cuales los agraviados reclaman, de hecho, no son de su propiedad, sino de la otra parte, la que, digamos, fue responsable de los daños. Dicho esto, me permito recordar el principio de libre disponibilidad del patrimonio, mediante el cual, la lesión a bienes propios no configura delito alguno. Por otro lado, tampoco es posible reclamar por bienes ajenos, como es el caso de la presente acusación, en tanto que, como dije antes, los bienes dañados ni siquiera pertenecen a nadie de la familia supuestamente agraviada.

La reacción no se hace esperar: el novio, el padre, la madre, la abuela y todos los demás miembros de la familia que han acudido a la sala con la esperanza de ver a Felipe Montero irse preso, ahora se ven sorprendidos y con las manos vacías.

El doctor Coronado conferencia con Pacheco mientras los susurros continúan hasta transformarse en palabras a todo volumen.

Lo que ocurre poco después no resulta una sorpresa: el juzgado ordena archivar la acusación en contra de Felipe Montero Osores, quien, fiel a su estilo, levanta a su hijo entre sus brazos.

205

También se permite lanzar un mensaje a la contraparte en medio del bullicio de salida:

—Y la próxima les va peor.

Joaquín sabe que la familia habrá de apelar, pero eso no lo inquieta, pues se trata de casi un acto reflejo.

Sabe mejor que nadie, mejor que nunca, que ahí no hay caso.

Los archivos también se celebran

Las cajas de cerveza no paran de llegar a la casa. Tampoco los invitados. Entre ellos están los familiares y amigos de Felipe y, por supuesto, los compañeros de oficina de Joaquín.

A los pocos segundos de haber llegado, Emerson ya se encuentra tomando, abrazado a quien esa misma mañana aún era el acusado, como si se conocieran de toda la vida.

207

—Yo sabía que Joaquín lo iba a lograr, don Felipe, le enseñé todos los trucos. ¡Salud!

La música tampoco se hace esperar: pronto, aparecen dos guitarras y la gente empieza a bailar. Diego saca a bailar a su madre, mientras que alguien más saca a bailar a Viviana Suárez.

—Muchas gracias, Joaquín —le dice su tía Eliza, quien, por primera vez en quince o veinte años, vuelve a tener un vaso de cerveza helada en

la mano. Se esfuerza para que su voz resulte clara a pesar del ruido—. Quisiera recompensarte por la lección que les diste a esas malas personas. Si me esperas un poquito, te prometo que...

—Tía, olvídese de eso. La recompensa ya la tengo. Mire usted —responde Joaquín y señala a su padre, que ahora es levantado en brazos por dos de sus amigos que trabajan con él en la empresa de *tours*—, esa es mi mejor recompensa.

Joaquín sabe que habrán de tener una conversación muy seria sobre el tipo de conducta que lo llevó a meterse en un problema tan serio, pero también confía en que, luego de haber visto el triunfo de la buena práctica del derecho, Felipe Montero reconsiderará lo que cree saber sobre el sistema de impartición de justicia.

208

A Joaquín le gusta la fiesta —el olor a comida anuncia que lo mejor está por venir—, pero está realmente cansado. Sin duda, ha sido el caso más arduo de su aún corta carrera. Va en busca de la salida. A su paso, hace salud unas cinco veces con distintas personas que lo felicitan.

En la calle está todo más tranquilo. Joaquín Montero se recuesta contra el auto de su padre, se permite cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y respirar con la satisfacción que da la tranquilidad.

Lo sorprenden unas manos que se posan sobre sus párpados cerrados:

—Adivina quién soy —le dice Chris.

Caminan uno al lado del otro sin rumbo fijo. Durante los primeros metros, Joaquín duda si tomarla de la mano, no quiere incomodarla. Por descuido, sus dedos rozan la falda floreada de Chris. Pero es ella quien toma la iniciativa y entrelaza sus dedos con los suyos.

—Me imagino que ya estás aburrido de que la gente te felicite.

209

—No, para nada. —Y luego de pensarlo mejor, Joaquín agrega—: Bueno, un poco quizá.

—Es un precio muy bajo que pagar para lo que has conseguido.

—Lo que estaba pensando era en la forma en la que cada abogado va construyendo su experiencia y armando una especie de cuarto de archivo mental con el que enfrentarse a casos futuros.

—Como un banco de preguntas y respuestas ya descubiertas.

—Sí, algo como eso. Pienso en los abogados con experiencia, como el doctor Zapata, y se me ocurre que, llegado a ese punto, pocas cosas te sorprenden y, de alguna forma, te resulta más sencillo encontrar las soluciones. Claro, siempre y cuando el contrincante no tenga su cuarto de archivo más lleno y ordenado que el tuyo.

—Tienes razón. —Chris se detiene y se cuadra frente a él—. Pero ya fue suficiente de casos y delitos por hoy, ¿no crees?

—Por hoy y por mañana —responde Joaquín y la besa.

210

Se entrega a los labios de Chris sin preocuparse de nada.

Ni siquiera del doctor Zapata, que acaba de doblar la esquina y viene caminando hacia ellos.

El derecho es de buceo

La audiencia de apelación tiene lugar un mes después, esta vez, en una sala más grande e importante que la anterior.

Ingresa el público y las partes. Están todos menos el exnovio de Viviana y quien fuera su abogado, el doctor Coronado, el encargado de firmar la apelación.

Esta vez, los jueces son tres: dos hombres y una mujer de aspecto macizo y diabólico.

211

Del lado de Joaquín se encuentran su padre y su tía. Viviana ha tenido que acudir a su tercer día en su nuevo trabajo y no ha podido acompañarlos esta vez.

Confía en su primo, sabe que lo tiene todo bajo control.

—Eres el mejor, Joaquín —le dijo el día anterior para avisarle de las cosas que tenía que hacer.

Lo que Viviana no sabe es que quien está del otro lado, litigando contra Joaquín, ya no es el fis-

cal Pacheco, sino un fiscal superior llamado Germán Cuenca.

Joaquín, al igual que la mayoría de abogados de la región, sabe quién es Cuenca: ha formado parte de equipos especiales encargados de investigar los casos de corrupción más importantes —y mediáticos— de los últimos años.

Además, es un caballero. Se acercó a Joaquín para saludarlo y presentarle sus respetos. El opuesto exacto de Pacheco y, de seguro, cinco veces mejor preparado.

212

Y encima, pepón, piensa Joaquín.

El fiscal superior va ordenando los documentos sobre su escritorio, dueño de una serenidad que a Joaquín no le gusta para nada. No viniendo de alguien que no tiene por costumbre aparentar ninguna de sus actitudes.

Piensa también en la gran fiesta que celebraron en su casa debido a la victoria del caso en primera instancia y empieza a temer haber cometido el mismo error que en su primer caso en la Sala Penal Nacional: haber cantado victoria antes de tiempo.

Después de todo, él mejor que nadie sabe que las apelaciones suelen voltear el marcador.

Mira a su alrededor, evaluando los rostros de cada uno de los presentes y, una vez más, vuelve a notar la ausencia de Coronado, el abogado de la familia agraviada.

Un leve cosquilleo de satisfacción empieza a trepar por su mente.

Una coincidencia.

Coronado no está, se dice a sí mismo, parece que no va a venir.

Entonces, justo cuando los jueces están a punto de dar inicio a la audiencia, Joaquín se pone de pie y dice:

213

—Señores miembros de la sala, solicito que se rechace el pedido de apelación y que no se lleve a cabo la audiencia.

Los tres jueces lo miran como si se hubiera vuelto loco.

Una vez más, los consejos del doctor Zapata han dado en el blanco. Joaquín lo entiende mejor que nunca: el derecho sí es un deporte de buceo y solo quienes están dispuestos a ir a las profundidades

del océano son los que encuentran los tesoros más impresionantes.

Como es el caso ahora.

Durante alguna de sus muchas noches en vela, Joaquín Montero dio con un caso que le llamó la atención, uno en el que se hablaba de un acuerdo plenario de la Corte de Áncash, específicamente. En dicho acuerdo, fechado en julio de 2004, se establecía que, de no encontrarse presente durante la audiencia la persona que había solicitado la apelación, entonces el pedido quedaba automáticamente rechazado y la audiencia no se llevaba a cabo. Así de claro y tajante.

214

—En esta ocasión, su señoría, el responsable de solicitar la apelación fue el abogado de la parte agraviada, Wilson Coronado —dice Joaquín después de explicar brevemente de qué va el acuerdo plenario—. Y, al no estar el abogado presente, no queda más remedio que rechazar el pedido.

La fiscalía no fue la que interpuso el recurso de apelación.

Los jueces cruzan miradas y anuncian un breve receso para poder conferenciar fuera de la sala al respecto.

Seguro van a ver si lo que digo es cierto, piensa Joaquín.

La espera no toma más de diez minutos.

Al volver a la sala, uno de los jueces toma la palabra y declara rechazado el pedido de apelación.

El fiscal Germán Cuenca se pone de pie y va hasta donde Joaquín para volver a estrechar su mano.

—Ya me habían dicho que usted era de los buenos, doctor. De los buenos abogados, pero ahora también sé que de los buenos hijos.

—Gracias, doctor. Nos veremos pronto.

215

—Espero que la próxima sea del mismo lado
—responde Cuenca.

La entrevista

La dirección es la correcta. Joaquín lo comprueba con el guardián del edificio antes de ingresar. Es una mole de acero y cristal de seis pisos, todos ellos ocupados por los mejores abogados del país.

Se presenta ante la recepcionista, quien le da un carné y le pide que suba al cuarto piso y espere. Joaquín agradece y se dirige al ascensor, a pesar de que no sabe cómo funciona. En la sala, hay quince abogados más que, como él, esperan ser entrevistados. Todos ellos alcanzaron el ticket dorado para probar su suerte.

217

El de Joaquín se lo facilitó el doctor Zapata, quien lo llamó cuatro días atrás para decirle que tenía una entrevista en Lima.

—¿Entrevista? ¿Dónde, doctor?

—En las ligas mayores —respondió el abogado.

Joaquín se encontraba en ese momento pasando unos días en Máncora, en compañía de Chris. Habían empezado a planear el viaje inmediatamente

después de recibir la aprobación de su jefe, quien llamó a Joaquín para decirle que tenían que interrumpirlo.

Por un momento, temió que Chris tomara a mal el hecho de querer probar suerte en Lima. Sin embargo, una vez más, ella se reveló como la mujer inteligente que era:

—Ve y haz lo mejor que puedas. El resto lo veremos después. En esta vida, todo tiene solución. Además, en Lima también necesitan administradoras serranas y tercas como yo.

218

Y ahora Joaquín está ahí, con sus esperanzas y las de quienes lo aprecian, preparándose para los que probablemente sean los quince o veinte minutos más importantes de su carrera.

Los otros candidatos van entrando uno a uno a la sala de conferencias que hay frente a ellos. Atraviesan las grandes puertas de caoba con la actitud propia de gladiadores romanos.

Pasan casi tres horas hasta que es el turno de Joaquín, el último de la fila.

—Señor Montero, por aquí, por favor —le indica otra señorita quien, luego de hacerlo entrar, se retira.

Solo hay una persona más aparte de él en la sala de conferencias.

Un hombre de gesto afable, raya al costado y ojos rasgados le pide tomar asiento.

César Aragaki en persona.

—Buenos días, doctor —saluda Aragaki—, ¿qué tal el viaje desde Huaraz?

—Bien —dice Joaquín, intentando que no se le note lo sorprendido que ha quedado por la pregunta—. Solo un poco largo.

—Sí, hace tiempo que no voy por allá, pero uno de estos días voy a aceptar la invitación de mi buen amigo el doctor Zapata para darme una vuelta.

—Será estupendo, doctor. Cuando guste, lo recibiremos con los brazos abiertos.

—Salvo que tú ya estés aquí trabajando con nosotros —dice Aragaki, volviendo a sonreír—. Es una posibilidad, Joaquín, de otra forma no estarías aquí. Pero déjame decirte algo, pues no quiero que me malentiendas: la mayoría de los muchachos que pasaron antes que tú también son recomendados de amigos míos. Es inevitable, pero eso no significa que no se trate de jóvenes valiosos, ¿me dejas entender?

—Claro que sí, doctor.

—Perfecto. Entonces, dicho esto, déjame iniciar la entrevista preguntándote por qué te gustaría trabajar aquí.

—Por la misma razón que tendría para querer jugar en Alianza si fuera futbolista: para estar en el mejor equipo que sea posible.

—Es una pena que digas eso, ¿nadie te dijo que yo soy de la U?

—Sí, y es justo la razón por la que lo dije. Jamás escuchará de mí una mentira o excusa para caerle bien o congraciarme con usted, doctor. Si este lugar es el mejor, es precisamente porque, por encima de todo, se encuentra la ética profesional, el esfuerzo y el talento. Nada de poses o patrañas, si me permite la palabra. Eso es justo lo que me motiva.

220

Aragaki lo contempla por un momento.

—Eso es nuevo. Es la primera vez que uno de los muchachos que he entrevistado hoy me pone las cosas tan claras.

—Es la única forma en que se me ocurre poner las cosas.

—Bien, pero quizá no sea suficiente. Háblame un poco más de ti, de dónde viene tu deseo de ser abogado.

Fue el turno de Joaquín para sonreír.

Se pasó la siguiente hora contando la historia de aquel chico a quien no le había ido bien en la escuela, que no tenía mayores aspiraciones en la vida que dedicarse a servir mesas o a algún quehacer parecido y que, al fin, un día, viendo la televisión, encontró su destino.

La entrevista se prolongó durante una hora más.

221

Al salir de la sala de conferencias, mientras bajaba en el ascensor, Joaquín Montero se dio cuenta de que tenía una nueva y única preocupación por resolver: encontrar un buen lugar donde vivir en aquella gran ciudad que desde ese día se convertiría en su hogar.

Un hogar con algo más que un colchón y un catre, como en Chiclayo.

Aquí, sin duda, empezaba una nueva historia.

Lima, marzo de 2022.

Este libro está dedicado a todas las dificultades que se presentaron en mi vida hasta ayer. Gracias a ellas, soy el hombre de hoy.

JMN

El defensor

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2022
en las instalaciones de la imprenta
Page & Design EIRL,
por encargo de LP.